

PUNTO ROJO

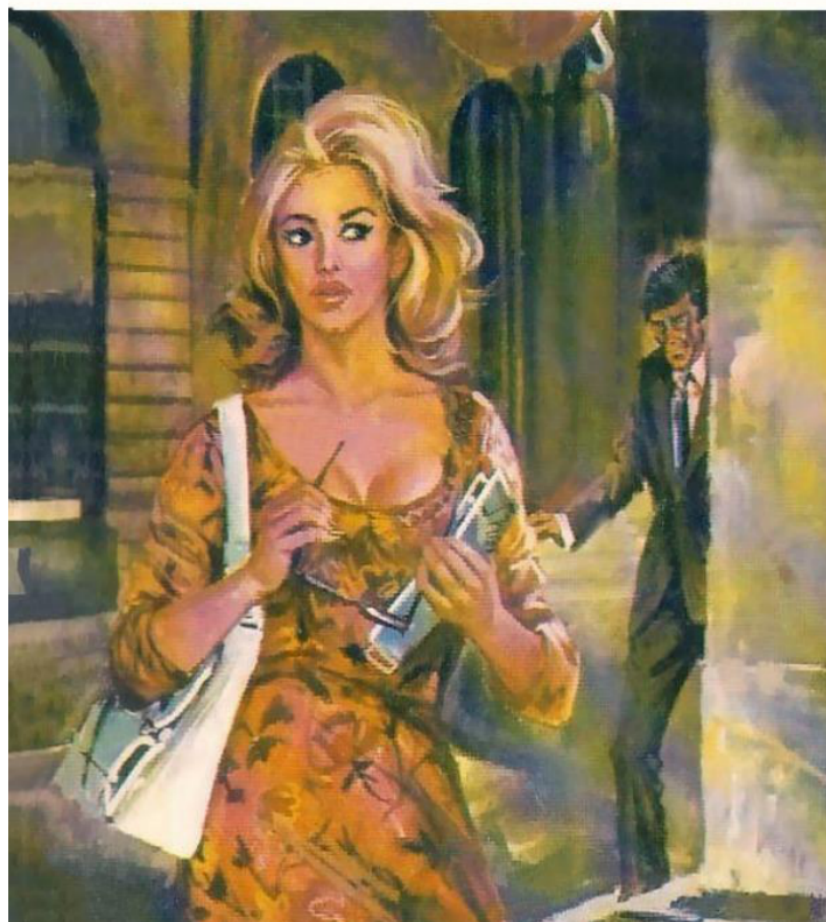
**BRU
GUE
RA**

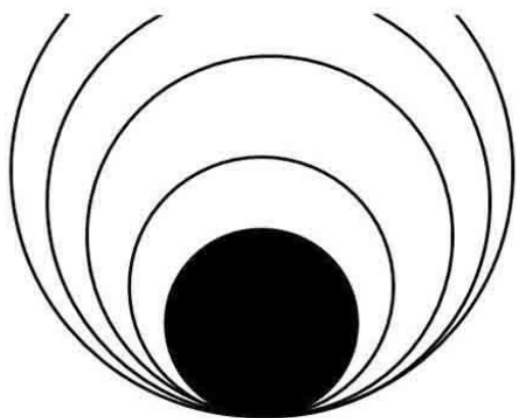
BOLSILIBROS

T POLICIACO

EL HOMBRE DE LA CALLE

Rocco Sarto





PUNTO ROJO



ROCCO SARTO

EL HOMBRE DE LA CALLE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 1.143
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 9.514 - 1984

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1984

1ª edición en América: octubre, 1984

© Rocco Sarto - 1984

texto

© Garda - 1984

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1984

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección KANSAS:

1.302 — Joe Laredo.

En Colección PUNTO ROJO:

1.138 — Nadie es inocente.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.745 — Requiem para un soñador.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

680 — El paladín de la pradera.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

615 — El americano del Este.

CAPÍTULO PRIMERO

Iba a ser un día triste, claro que cuando me senté en la cama y miré mis pies desnudos todavía no lo sabía. Me había duchado a las cuatro de la madrugada, de modo que sólo cepillé mis dientes y pasé un peine desgano por mis cabellos.

Me acerqué a la ventana y corrí las pesadas cortinas anticipándome al día nublado y húmedo que presagiaba la noche anterior. Pero me equivoqué. Era una radiante mañana de sol.

No había ninguna razón para que el clima alentara mi ánimo, sin embargo me gustó la claridad del mediodía, el cielo límpido tras la tormenta y, ¿por qué no reconocerlo?, mi propia y pesimista equivocación.

No tenía ningún trabajo a la vuelta de la esquina y arrastraba con cierta nostalgia un par de recuerdos interesantes de las últimas semanas, de modo que decidí mejorar mi aspecto y me vestí con un traje de *tweed* gris. Alguien me dijo en una ocasión que la elegancia llama a la suerte. Yo no le creí, pero de vez en vez jugaba con aquella idea como un maldito gato con un ovillo de lana.

Salí a la calle y caminé directamente hacia la cafetería. Necesitaba echar algo caliente al estómago y el café de Maggie era lo más indicado.

Maggie siempre me recordaba a la mujer en que se convertiría mi hermana Lu cuando superara la mitad del siglo de vida; era alta y delgada, con una expresión juguetona en el rostro avejentado y unos ojos tan juveniles como la risa de un bebé.

Maggie había sido trapeceista antes de cumplir los veinte años y actriz antes de los treinta. A partir de los treinta se convirtió exclusivamente en una mujer casada. Enviudó en los primeros cuarenta y ahora era propietaria de la cafetería donde yo procuraba exorcizar a los fantasmas de la noche.

—¡Hola, Ben! —gritó alegremente y me dedicó un grotesco

saludo militar desde la puerta vaivén de la cocina.

—Hola, guapa.

Me senté en un extremo de la barra, junto al teléfono, y eché un vistazo a la primera página del periódico. Allí estaba el *cowboy* de América luciendo su tintura de cabello para asustar a los aliados europeos. Reagan parecía un chico educado y simpático hasta el momento en que abría la boca y escupía su libreto. Entonces las cosas cambiaban y el hombre de la calle se sentía como un conejito ciego ante las fauces del lobo feroz.

Personalmente, yo no sentía ningún temor ante la eventualidad de la *Última Guerra*, la del buen neutrón; cuando escuchara las sirenas me limitaría a aspirar hondo y dejarme llevar en brazos de la radiactividad. Sería un mutis muy moderno.

—Cada día desayunas más tarde, primor —dijo Maggie.

Puso el tazón humeante delante de mi corbata de lana y sonrió con una dulzura encantadora.

Probé el café y pude devolverle la sonrisa.

—¿Trabajo?

—No. ¿Alguna llamada?

—No. Pero no te preocupes, hijito. Aprovecha tu tiempo libre y límitate a leer la página deportiva. Lo demás no tiene ninguna importancia —sugirió Maggie sabiamente—. Lo haré. Prometo sufrir con los fallos de mi equipo de pelota base si tú me dices dónde puede almorzar un individuo como yo en un día de otoño hermoso como el de hoy.

—Creí que tú eras el experto en Nueva York.

—Lo soy, pero me gusta que me sorprendan y tú tienes ese don mágico, Maggie.

—¿Conoces *La Buena Medida*?

—No, qué es... ¿una provocación?

—No, un restaurante delicioso junto al Hudson.

—Iré.

—Saluda a Pete de mi parte.

Terminé el café mientras Maggie freía unos huevos para un recién llegado de rostro infantil, manos pequeñas y tripa gigantesca que leía un cómic como si de ello dependiera la cordura de Reagan.

—Hasta mañana, Maggie —dije.

—Si lo deseas puedes llevarte el periódico, Ben. Tengo otro en la

cocina.

—De acuerdo.

—No olvides saludar a Pete.

—Descuida.

* * *

Tengo un cuarto en un viejo edificio de la calle Cranberry, en Brooklyn, y una oficina al norte del Central Park, en una zona poco estimulante, cerca de Harlem. En una época había vivido en un *penthouse* desde donde divisaba el Battery Park. Por entonces yo era un ejecutivo joven y promisorio de una importante editorial. Luego las cosas cambiaron, o yo cambié, y me largué. Maggie se refería a aquella actitud mía como a una muestra inequívoca de la crisis de los treinta años. Ya habían pasado nueve desde entonces y no me arrepentía. Dejé el *penthouse* y alquilé el cuarto de Brooklyn y la oficina en Manhattan. Recibí bastante dinero de la editorial y tenía mis ahorros, de modo que sólo me desprendí de cinco mil dólares que envié a Lu para que hiciera su tan ansiado viaje a Europa y me dedicué a varias cosas. Y cuando digo varias cosas no hablo en broma.

Fui taxista durante un año y tripulante en un remolcador que operaba en el puerto. Pasé una temporada como fotógrafo independiente y me dedicué a practicar algo de boxeo, un sueño que había abandonado durante mi etapa de universitario. Al cabo de dos años y medio recuperé la moral y abrí una oficina de investigación.

—¿Detective privado? —se rió Maggie.

—Eso es.

—Estupendo, yo te sacaré los balazos y recompondré tus costillas, igual que en los viejos filmes.

En un principio, cuando conseguí la licencia, no pensaba que duraría mucho en aquella actividad. Era un experimento más. Pero fui aprendiendo el oficio y obtenía estupendos resultados. Trabajaba en un sitio poco ostentoso, de modo que mis clientes no eran la flor y nata de Manhattan, pero ganaba suficiente dinero como para no tocar mi cuenta bancaria y, además, pude enviarle algunos dólares a Lu que había permanecido bastante tiempo en París estudiando arte.

Ocho años más tarde continuaba aferrado a mi profesión de

detective privado y me sentía bien. A los cincuenta años me largaría a California, donde residía Lu, y escribiría libros de aventuras.

—¿Qué clase de aventuras? —me preguntó Maggie un día en que le confesé mi sueño para el momento del retiro.

—Sólo necesitas abrir el periódico. Allí está todo el material para alguien con un poco de imaginación.

—Tal vez me vaya contigo. Puedo vender mi cafetería y abrir allí un restaurante mexicano. ¿Qué dices? —sonrió Maggie.

—Una buena idea. Además... tú y yo somos gatos del mismo callejón y te extrañaría demasiado.

—Eres todo corazón, muñeco.

Ahora tengo treinta y nueve años, el mismo plan para el futuro y una sensación nueva desde que acabé mi último trabajo, dos semanas atrás.

Caminé hacia el East River con la intención de cruzar andando el puente de Brooklyn. Tomaría un taxi en cuanto el hambre acuciara mis centros neurálgicos.

Miré hacia la isla de Manhattan y la vi cómo un alfiletero brillante de sol, erizada y bulliciosa. Cada vez que cruzaba el río me sentía como un peso pluma entrando en el *ring* de los pesos pesados, pero conseguía sobrevivir y regresar a mi refugio de Brooklyn.

Hacía frío allí, sobre el río, de modo que me puse la gabardina y el periódico cayó sobre el suelo. Un golpe de viento abrió las páginas y entonces vi el rostro. Fue algo muy extraño. Miré el rostro con cariño, como si estuviese saludándome tras la expresión de picardía.

Y luego, la calidez de la mirada impresa se congeló dentro de mi pecho y el miedo me envolvió como una túnica pesada y desagradable.

Era Lu y el titular decía que estaba muerta.

Llamé un taxi, subí con rapidez y le di cualquier dirección en Manhattan. Necesitaba una copa y un sitio donde leer el artículo. Necesitaba valor, necesitaba tranquilizarme..., pero por encima de todo, necesitaba que aquella noticia no fuese cierta.

Lu era mi hermana, mi única hermana, diez años menor que yo y, de algún modo, era un poco mi hija.

El chófer detuvo el automóvil, pero yo no estaba preparado

todavía para bajar de él. Le di las señas de *La Buena Medida* y me enfrenté con aquel miserable trozo de papel impreso.

Lu aparecía con una expresión absorta, como si el fotógrafo la hubiese interrumpido durante una acción muy privada. Era una fotografía en blanco y negro, pero yo podía ver sus ojos azules, la rebeldía encantadora de sus cabellos rubios y ese rubor ingenuo que teñía sus pómulos altos y aniñados.

Era mi Lu.

No podía convencerme de la noticia. El horror había remitido y un enorme vacío ocupaba su lugar. Tuve una idea estúpida: arrojar el periódico a una papelería y olvidarlo todo. Tal vez sólo fuese...

Un periodista llamado Tom Tyrell firmaba el artículo. La policía había hallado a Lucille Duncan en una bañera dentro del cuarto de baño de una habitación barata, en Los Ángeles. Estaba desnuda, había sido ferozmente golpeada y presentaba una mutilación brutal en los genitales.

El forense no había podido asegurar si había sido violada, aunque su opinión en este sentido era afirmativa.

Leí todo el artículo como si perteneciera a otra persona, en otro lugar del mundo, lejos de mi propia biografía.

La última parte del relato me llenó los ojos de lágrimas. Ahora comprendía por qué Lu tenía esa expresión de estupefacción retraída, como si la hubiesen cogido en una actividad muy privada. Estaba observando la fotografía de su cadáver. La muerte suele ser una actividad infinitamente privada.

Pagué al chófer, salté del automóvil y entré en *La Buena Medida*. Me fijé en los detalles del restaurante sólo para llevar mi atención hacia algo trivial, que tuviese sentido, que no perteneciera al lado oscuro de la luna.

—¿Pete?

El hombre no pareció sorprenderse. Era bajo, rechoncho y sonreía con franqueza. No parecía un dueño de restaurante.

—Soy yo.

—Le traigo saludos de Maggie.

Sus ojos se iluminaron y estrechó efusivamente mi mano.

—¿Cómo está la vieja bruja? —preguntó con interés.

—Estupendamente. Ella me recomendó su...

—Desde luego. Siéntese. ¿Desea comer o solamente un

aperitivo?

—Pete, he recibido una mala noticia. Lo siento, pero beberé solamente un *whisky*. Doble.

La sonrisa desapareció de su rostro. Parecía preocupado por mí. Le agradecí su generosidad.

—Un *whisky* doble. Muy bien —dijo.

—Mi nombre es Duncan, Ben Duncan.

—Es un placer conocerle. Me gustan los amigos de Maggie. Le traeré su copa.

Allí estaba yo, hablando con Pete, mientras Lu aguardaba pacientemente entre anuncios de desodorantes, ofertas de tónicos capilares y media docena de asaltos a mano armada.

—Un *whisky* doble —dijo Pete.

Estaba a mi lado, con una bandeja, y sonreía levemente.

Comprendí que había permanecido de pie, inmóvil, desde que se marchara a buscar la bebida.

Cogí el vaso y caminé hasta una mesa.

Era un local amplio, luminoso y, a la vez, extrañamente acogedor. Como si el espacio y la luz contribuyeran a sedar el espíritu en vez de animarlo.

Me senté y miré por la ventana las aguas indiferentes del Hudson. Pete estaba a mi lado. —No se deje llevar por la pena, amigo— dijo—. Es mejor actuar.

Yo no pensaba en mi pena, sencillamente procuraba salir del estado de desesperante indiferencia en que me había sumido.

—Gracias, Pete.

—¿Puedo ayudarle?

Le miré.

—No.

—Estaré cerca —añadió y posó brevemente su mano sólida en mi hombro.

No lo supe hasta ese momento, pero su gesto amistoso era lo que necesitaba para volver al mundo.

Releí el artículo una y otra vez buscando algo que no estaba allí. Había liquidado ya un par de *whiskys* dobles cuando descubrí lo que buscaba... Buscaba a una Lu viva al otro lado del hilo telefónico, replicando a mis cartas, sonriéndome cuando pasaba brevemente por Nueva York.

Ella y yo teníamos mucho en común, aunque nos veíamos muy poco. ¿Qué puede unir a una bailarina que desea ser actriz con un detective privado ligeramente ácido y poco comunicativo, aparte, claro está, del amor?

—¿Sabes por qué te quiero, Benny? —me había preguntado un día, mientras hacía ejercicios de estiramiento en mi despacho.

—Porque soy el mejor hermano del mundo —respondí con una sonrisa.

—Porque eres como un roble seco, recio y digno, pero incapaz de exhibir su frondosa copa. En ocasiones siento congoja por tu vida, querido.

—No debes preocuparte por mí, Lu. He crecido lo suficiente como para saber muy bien de qué va el rollo.

Entonces interrumpió su ejercicio, me miró como lo haría una madre a su hijo prematuramente envejecido y dijo:

—Pareces agobiado, Benny.

—Imaginas cosas, pequeña. Tienes un gran talento y tu cerebro hierve.

—No eludas la cuestión. Tendrías que buscarte una buena mujer, casarte y tener un par de granujas. Yo sería la tía buena y me divertiría con tu expresión furiosa cada vez que te ensuciaran los pantalones.

—Déjalo, Lu.

—No te lo digo para complicarte la vida, Ben. Lo hago porque yo soy igual que tú.

Y ese dato, en aquel momento, me había dolido hondamente. Desde entonces había pasado todo un año y no había vuelto a verla hasta esta mañana.

Pete me trajo un plato de ostras. Comí por instinto, sin placer ni convicción.

Anochece cuando abandoné el restaurante. Pete parecía desolado por no haber podido serme de utilidad.

El día de sol había perdido todo tras el horizonte nocturno y el frío apretaba como la cuerda la garganta del ahorcado.

Caminé en busca de un taxi. Una mujer me miró fijamente y me detuve en mitad de la acera. Estaba llorando y no podía contener las lágrimas que corrían lúgubrementemente por mis mejillas.

CAPÍTULO II

Maggie fumaba un cigarrillo reclinada sobre la caja registradora. Un par de ancianos jugaba al ajedrez en un extremo de la cafetería y del tocadiscos brotaba la voz por entonces juvenil de Chet Baker entonando *Mi graciosa Valentina*.

Levantó el rostro y me miró.

—¿Qué tal Pete? —preguntó.

—Un gran tipo.

—¿Te ocurre algo malo?

—Maggie... Lu ha muerto.

Lo dije brutalmente porque no sabía de qué otro modo hacerlo.

Maggie aplastó el cigarrillo y puso su mano en mi mejilla.

—¡Dios Todopoderoso! ¿Cómo ocurrió?

—La asesinaron. Algo espantoso.

Le entregué el periódico.

—No he podido leerlo en todo el día —dijo, poniéndose las gafas.

Leyó de prisa, moviendo la cabeza de un lado al otro, como si se negara a aceptar el veredicto del forense.

—¿Qué piensas hacer, Ben?

—Ir allá, a Los Ángeles.

—¿Qué más?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé, Ben.

Encendió un cigarrillo y sirvió un par de copas. Bebió la suya de un trago mientras yo observaba el color del licor.

—Sí, tienes razón. Voy a ir a buscar al hijo de puta que la mató.

—Sabes que no la devolverás a la vida, ¿no es verdad?

—He estado pensando, Maggie. Y he llegado a una conclusión absurda.

Me miró expectante.

—Prácticamente no conocía a Lu, quiero decir que la he visto pocas veces en los últimos años.

—Estabais muy unidos.

—No me refiero al cariño, sino a su vida, a los detalles de su vida. Me enviaba cartas deliciosas hablándome de chicos, de pruebas de cine, de espectáculos..., pero sin ninguna definición.

—Yo haría lo mismo, Ben.

—¿Qué?

Maggie tenía las pupilas dilatadas y brillantes.

—Que yo también iría allí a buscar al bastardo que le hizo eso a Lu y le cortarían los huevos.

Bebí mi copa.

—Te telefonearé, Maggie.

Se inclinó por encima de la barra, me cogió por las solapas de la gabardina, me miró fijamente y me besó en las mejillas.

—Si me necesitas ya sabes dónde estoy, Ben.

—Eres mi única amiga, Maggie.

—Suerte, muchacho.

Ajusté la gabardina, me subí el cuello y salí nuevamente a la calle. Me sentí como si acabara de levantarme; el día había pasado en medio de una bruma densa y confusa.

Pero ahora, en el centro de la noche, volvía a ser Ben Duncan, ese tipo duro y solitario que no pide favores.

* * *

Regresé hasta el viejo edificio en que vivía y miré la fachada agrisada y comida por el tiempo. Me reconocí en ella, pero no me conmovió.

Abrí la puerta del vestíbulo y me dirigí a la escalera. Subí a la primera planta y vi a Maude.

Se había adormilado sentada en el último escalón, aferrada a su bolso de piel de cocodrilo. Su largo tapado de piel cubría su cuerpo diminuto y perfecto, ágil en las ceremonias de interior y coqueto a la hora del cocktail.

Abrió los ojos color avellana y sonrió.

Nos habíamos conocido en una fiesta en un hotel de lujo a la que entré por casualidad. Iba tras un estafador de clase alta y ella se aburría junto a la jarra del ponche. No fue un flechazo, fue la llamada de la selva que llevamos debajo de la piel. Desde entonces

nos habíamos convertido en amantes. Ella tenía su marido en viaje de negocios y yo mi independencia intacta. Era una buena relación. Me gustaba verla aparecer porque era divertida, hablaba con buen humor y era una excelente compañera de cama.

Esta vez, no obstante, era la última persona del mundo a la que me hubiese gustado cruzar.

—¿Un día duro? —preguntó, estirándome los brazos.

La ayudé a ponerse en pie y me besó con fruición en la boca.

—Pésimo.

—Sé exactamente cómo llevarte al jardín de las delicias.

—Esta vez no.

Abrí la puerta y la invité a entrar.

Se sentó en una butaca, sin quitarse el abrigo y me miró fijamente.

—¿Te has cansado de mí? —preguntó fríamente.

—No, no tiene que ver contigo, Maude.

—¿Tienes problemas?

—Sí. Un problema grave.

—¿Puedo ayudarte?

Sacó un cigarrillo y lo encendió con su mechero de oro. Tenía mucha clase, pero no la ostentaba como una señal provocadora. Era una buena chica.

—No. Es algo que debo hacer yo solo.

—De acuerdo. Beberé un *whisky* y me marcharé con dignidad.
¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Serví un *whisky* para ella y le entregué el vaso.

Bebió sin quitarme los ojos de encima.

—Han asesinado a mi hermana —dije— en Los Ángeles.

Dejó de beber y su gesto se ensombreció.

—No sabía que tuvieses una hermana, no sabía que tuvieses alguna familia. En realidad tienes el aspecto del lobo solitario.

Dejó el vaso sobre el brazo de la butaca y se puso de pie. Caminó hasta la puerta y se volvió antes de girar el picaporte.

—¿Sabes. Ben? Tú y yo jugamos un juego peligroso. Tenemos una aventura divertida, placentera y sin compromisos. El tiempo pasa y ninguno lo nota porque estamos atrapados... yo con mi matrimonio y tú con tu paisaje vacío. Pero recuérdalo, muchacho,

nos hacemos viejos.

Salió ágilmente, como las actrices de los films musicales, en medio de una pirueta.

Sólo quedó su perfume y el olor del tabaco. No era mucho para llenar mi paisaje vacío.

Me duché y preparé una maleta. Ajusté la pistolera debajo de mi axila izquierda y comprobé el cargador de la Browning de nueve milímetros. Era una pistola vieja, pero nos llevábamos muy bien, como una pareja de camaradas bien avenidos que cumple su trabajo con precisión y naturalidad.

Llamé por teléfono al aeropuerto. El primer avión a Los Ángeles salía con el tiempo justo para llegar, de modo que reservé un pasaje y salí nuevamente al Brooklyn desolado por el otoño, el viento húmedo y las historias tristes de sus personajes.

Subí al avión y me senté junto al pasillo. El resto de las butacas estaban vacías.

Una azafata morena y muy bonita me ofreció un almohadón, un *whisky* y una serie de sus mejores sonrisas. Acepté todo sin oponerme. Llegaría a California al amanecer.

La amabilidad de la azafata, el zumbido de las turbinas, el alcohol ingerido durante todo el día, y también la fatiga profunda que produce la pena, me adormecieron instantáneamente.

No soñé con Lu, ni con la muerte de nadie a quien pudiese querer o haber querido. Soñé que era un niño y mi padre me llevaba a ver un partido de pelota base, me compraba un perrito caliente y bebíamos un par de gaseosas mientras nuestro equipo conseguía marcar sin oposición ni lucha.

Mi padre sonreía y parecía muy sano.

Fue un sueño estimulante y plácido, y lamenté que acabara cuando la voz del comandante de vuelo indicó por los parlantes del avión que aterrizaríamos en quince minutos.

Habían servido el desayuno y la azafata bonita se acercó a mi lado.

—¿Podría traerme un café doble, por favor?

—Enseguida, señor. Le pregunté si deseaba desayunar pero me dijo que no, que lo haría en tierra.

Miré sus caderas generosas mientras se deslizaba por el pasillo. El sueño feliz me había impedido despertar, pero le había dado una

respuesta lo suficientemente concreta como para que ella se retirara. Hay trozos del cerebro que harían las delicias de un coleccionista venusino.

Bebí el café doble y me sentí mejor.

Efectivamente, aterrizamos quince minutos después del aviso.

Dejé la maleta en la consigna del aeropuerto y cogí un taxi hasta la redacción del *Post Review*.

Tom Tyrell no había llegado aún, pero la recepcionista me indicó que podía esperarlo.

Me senté en un sillón tapizado con pana verde y raída. Cogí un periódico del día y eché un vistazo a sus páginas en busca de algún informe más acerca de Lu.

En la página número veintidós encontré un pequeñísimo artículo, sin firma, en el que se afirmaba que la policía continuaba investigando sobre aquel triste suceso. Luego aparecía una estadística. No me confortó saber la frecuencia demencial con que se producen ese tipo de asesinatos en una tierra dorada como la de California.

Cada cinco minutos aproximadamente, la recepcionista levantaba el rostro de la centralita telefónica, de la correspondencia y de su novela policíaca y me sonreía para darme ánimos.

Repitió la operación seis veces y entonces entró un hombre y ella cambió la expresión. —Buenos días, Tom— dijo—. Hay un caballero que le aguarda desde hace media hora.

Tyrell se volvió hacia mí.

Era ligeramente más bajo que yo, tal vez

1,75 m.,

y vestía con descuido. Un traje gris, arrugado pero de buen corte, mocasines y el cuello de la camisa abierto con el nudo de la corbata un par de centímetros por debajo de su justa posición.

Tenía un maletín de cuero marrón en la mano izquierda, un ejemplar del *Post Review* bajo el brazo y una expresión a medio camino entre la burla y la fatiga. —¿Deseaba verme?— preguntó. Me incorporé y le tendí la mano.

La estrechó con fuerza y calidez.

—Soy Benjamín Duncan.

—¿Duncan, eh? Bien, venga conmigo.

Pasamos delante de la recepcionista y entramos en un pasillo

ancho que separaba las distintas secciones del periódico. Se detuvo ante una puerta abierta que decía *Tyrell*, escrito con rotulador rojo, y arrojó el maletín sobre el escritorio.

—Será mejor que cierre la puerta, Duncan, de lo contrario entrará todo el mundo a fastidiarme la mañana.

Cerré la puerta y me senté en una silla de diseño francés y confección norteamericana. Tyrell se dejó caer detrás del escritorio y revolvió una bandeja de alambre tejido en busca de algún mensaje urgente. No halló nada.

—Soy el hermano de la muchacha asesinada —dije—. Lucille.

—Entiendo.

No parecía cómodo. Tampoco estaba nervioso. En todo caso luchaba por tomar una posición definitiva.

—Ya ha pasado a la página veintidós —dijo con un tono de sarcasmo.

—Sí, lo he visto.

—Es un caso extraño —comentó y comprendí que procuraba ganar algo de tiempo mientras se formaba una opinión acerca de mí—. Según las estadísticas no es tan extraño —dije.

Juntó las manos delante del rostro y se miró los dedos amarillos de nicotina. Aquella visión le dio una idea y sacó un paquete de pitillos. Extrajo uno, lo encendió y estiró el paquete hacia mí.

—No, gracias. ¿Por qué es extraño?

—¿Quién es usted? —preguntó a su vez.

Saqué mi credencial y se la alargué.

—No sé qué desea saber de mí, Tyrell. Tengo treinta y nueve años, soy honesto en lo que hago y amaba a mi hermana. El resto no le incumbe.

—¿Boxeador?

—Aficionado. Hace varios años.

—Está bien. No fue un crimen como los demás..., como los que se incluyen en las estadísticas.

—¿Qué quiere decir?

—Que fue un ejemplo.

—Vamos, hombre. Déjese de juegos. Escúpalo todo y si es posible hágalo con un cierto orden.

Sonrió y aspiró del cigarrillo.

—¿Cuánto hacía que usted no veía a su hermana?

—Un año poco más o menos. Pero nos comunicábamos a menudo.

—Entiendo.

—No, no lo entiende, Tyrell. Ella tenía diez años menos que yo y de algún modo yo fui también su padre. No un buen padre, pero tampoco era ella una chica difícil. —Era una prostituta de lujo, Duncan. ¿Llamaría a eso ser una chica difícil?

No sentí nada.

El comentario no pertenecía a Lucille, ni a su vida, ni a sus ojos claros e ingenuos.

—Está loco —dije.

—No, no lo estoy. Era una prostituta... y muy cara.

Sentí que mis músculos se crispaban. Podría haberle reventado la expresión burlona. Adivinó mi pensamiento.

—No se ponga nervioso, amigo. Sólo estoy dándole información. ¿Ha venido a pedir información o no?

—¿Qué más sabe de ella?

—Trabajaba en hoteles y bares de lujo. Era independiente. Algo difícil en estos días, ¿sabe usted? Viajaba de vez en cuando y tenía una cuenta bastante abultada en el banco.

—Le he prestado dinero en algunas oportunidades —dije, estúpidamente.

—Sí, es posible. No sé por qué ella se lo pediría. Tiene alrededor de ochenta mil dólares en su cuenta y ha pagado sus impuestos. Una chica meticulosa.

Le clavé la mirada para descubrir un deje de ironía en sus palabras, pero no hallé nada más que cansancio en sus pupilas oscuras.

—¿Quién pudo haberla matado? —añadió, encogiéndose de hombros.

—La pregunta es: ¿por qué la mataron? Yo encontraré la razón y luego al culpable.

Puede estar seguro de ello, Tyrell.

—Entiendo.

—¿Puede ayudarme?

—Le diré todo lo que sé, pero es bien poco. Hay un restaurante en las afueras de Los Ángeles. Se llama *Studio* y está construido como uno de los antiguos estudios de Hollywood. Allí hay un tipo

llamado Tony Montesco, una especie de factótum. El puede saber algo, claro que no tendrá ningún interés en hablar con usted.

—¿Algo más? ¿Quién es el propietario del restaurante?

—Está a nombre de Montesco, pero el capital procede de otra fuente.

—¿Quién?

—Un grupo de accionistas —dijo Tyrell, jugando con la colilla de su cigarrillo—, pero el que lleva la voz cantante es un sujeto muy importante, Douglas Fellow.

—Siempre la misma bazofia, ¿verdad, Tyrell? El pez gordo, la tapadera y el delfín con aspecto de chulo.

—Un sistema que da buenos dividendos, Duncan.

—Bien, gracias por la información —dije, poniéndome de pie.

—¿Dónde se aloja?

—Todavía en ningún sitio. ¿Por qué?

—Me gustaría estar en contacto con usted.

—Le dejaré mis señas en cuanto me instale. ¿Alguna sugerencia?

—Hotel Belvedere, en Hollywood.

—Gracias. Una cosa más, ¿sabe si el teniente Dimbo continúa en su puesto?

—¿Le conoce?

—Sí. Tuve un caso hace unos años. Lu estaba en París por entonces. Era un buen policía, honesto y parco.

—Por esa razón continúa siendo teniente —sonrió Tyrell.

—Le llamaré.

—Y llame también al banco. Les ahorrará muchas molestias. Seguramente están tras sus señas.

Salí del periódico con una sensación amarga en la boca del estómago. Lucille siempre había sido una muchacha muy personal, tenía ideas propias y un modo muy peculiar de conseguir sus propósitos. Jamás había sospechado que podía dedicarse a la prostitución. Es algo difícil de asimilar en la propia hermana, sobre todo si la han matado de un modo brutal, mutilándola sexualmente.

Caminé un par de manzanas y comprendí lo que comprende cualquiera que llega a Los Ángeles: que es imposible sobrevivir allí sin un automóvil. De modo que entré en una agencia y alquilé un Ford Taunus de dos puertas y color crema, similar a otros diez mil coches. No quería notoriedad. Por lo menos, no todavía.

Fui en busca de la maleta al aeropuerto y luego me dirigí al hotel Belvedere.

Comprendí inmediatamente por qué Tyrell me lo había sugerido. Era un edificio gigantesco, antiguo y pintoresco. Lo habitaban fundamentalmente los aspirantes a artistas de paso por Hollywood y su población fluctuaba continuamente.

Pedí una habitación, pagué una semana por adelantado y subí por las escaleras hasta la segunda planta.

Me crucé con una docena de muchachas hermosas, de piel dorada y rostros ansiosos.

Llevaban el sueño de celuloide prendido a la mirada como un lente de contacto en tecnicolor.

Me duché y me vestí con un traje liviano, mocasines y camisa deportiva, sin corbata.

Ajusté la pistolera bajo mi axila izquierda, acaricié ligeramente la Browning y salí del hotel.

El número de muchachas aumentaba en el jardín anterior del Belvedere, pero yo sólo pensaba en Tony Montesco.

CAPÍTULO III

El *Studio* era, efectivamente, una réplica en pequeño de un verdadero estudio cinematográfico de principios de siglo. Tenía varios desniveles decorados como platos dispuestos para diferentes películas y así pude reconocer un salón de *Lo que el viento se llevó* presidido por un retrato de Escarlata

O'Hara,

un camarote de galeón filibustero anunciado por la sonrisa burlona de Errol Flynn, un rincón del palacio de la reina de Saba y así sucesivamente. A pesar de lo que pudiese imaginar alguien que no viera personalmente el decorado, no estaba tan mal.

Me sentí como un turista en medio de una cinemateca.

Era un restaurante amplio, con capacidad para doscientas o trescientas personas, pistas de baile, salones de fumar, un par de barras donde beber una copa antes de la cena y una estancia gigantesca que continuaba el alto vestíbulo, repleta de hermosos y confortables sillones, donde los clientes podían aguardar a sus invitados leyendo el periódico.

Un sitio a medio camino entre la exigencia de los VIP y los dólares de los nuevos truhanes.

Una muchacha muy elegante vino a mi encuentro en cuanto traspasé la puerta de entrada. Había dejado el Ford en el aparcamiento, una hectárea ajardinada que imitaba mal a Versalles.

—Lo siento, señor, es todavía muy temprano... —dijo con una voz bien entrenada.

—Busco a Tony Montesco.

—¿De parte de quién?

—Señor Benjamín —dije, temiendo que el apellido Duncan alertara a Tony.

—Un momento, por favor. Siéntese. No tardo un minuto.

Se alejó envuelta en su vestido de noche, tan inapropiado a esa

hora de la mañana que creó en la atmósfera una sólida sensación de falsedad general.

Dos minutos más tarde apareció un camarero parco y elegante con un vaso de *whisky*, una botella de Chivas y un cubo de hielo. Cuatro minutos más tarde, descubrí la alta silueta de Tony Montesco a través del cristal tallado.

—¿Me buscaba, amigo? —preguntó.

Era alto, bien cuidado, de porte atlético, rostro aceitunado y agraciado, grandes dientes blancos y una sonrisa tan estudiada y burlona que estuve a punto de enviarle al plató de los chulos cínicos.

Iba vestido con un *smoking* blanco y llevaba una rosa roja en el ojal. Parecía conforme con su vida y olía a perfume caro. Debía ser la perdición de las señoras pudorosas.

—He venido a hacerte un par de preguntas, Tony —dije, deliberadamente confianzudo. Su sonrisa se amplió. Conmigo no necesitaba fingir. Le salía el arroyo por todos los poros—. ¿Por qué crees que hallarás alguna respuesta, amigo?

—Lucille Duncan —dije.

Su expresión se modificó ligeramente.

—No conozco a la dama, amigo.

—Yo no soy tu amigo, Montesco. Soy el hermano de Lucille y he venido a Los Ángeles a averiguar por qué la mataron y quién lo hizo. Como ves, no tengo secretos para ti.

—Es una pena. Me gustan los secretos.

Estaba ofuscado y buscaba la fisura por donde huir. Sólo que yo no iba a permitirselo. Se había metido en algo que no estaba previsto en su contrato de testaferro de los pudientes.

—Sé que ella venía por este sitio; era muy bella, de modo que tú debes haber notado su presencia.

—Está bien. Sí, la conocía —admitió, pero conservó su postura defensiva. Repentinamente rió y añadió una tontería. Dijo—: Era una puta.

Me puse de pie, dejé el vaso encima de la bandeja y le lancé un directo al rostro. No a la mandíbula, sino a la nariz. Tenía una hermosa nariz hasta el momento en que mis nudillos la convirtieron en mermelada de Montesco.

Cayó hacia atrás. Era alto como yo y parecía muy musculoso.

Pero yo tengo lo mío y sé cómo y dónde pegar un directo. Me he pasado meses en el *ring*.

Cayó espatarrado sobre una butaca y se llevó la mano al rostro. Se miró la sangre incrédulo y comenzó a incorporarse.

—¿Por qué diablos...?

Salté hacia él, lo cogí por las solapas del *smoking* y lo sacudí. La sangre ensució la pechera de su camisa de seda y también mis manos.

—Escúchame, chulo, quiero saber todo lo que tú conoces de Lu. ¿Entendido?

—De acuerdo. Suéltame.

Lo dejé caer en la butaca.

—No tengo tiempo que perder.

Se limpió la nariz con un pañuelo que llevaba sus iniciales bordadas y me miró con un profundo odio. No tenía más temor que el provocado por el deterioro de su figura.

—Ella... solía venir por el *Studio* en busca de... —Alzó el rostro para mirarme— clientes.

—Continúa.

—Era una chica estupenda, muy bella y bailaba magníficamente, pero...

—Pero... —le animé.

—Pero demasiado independiente.

—¿Qué quieres decir?

—No tenía protección.

—¿Qué clase de protección?

—Vamos, hombre... ¿en qué mundo vives?

—Tú me lo dirás, encanto.

Sonrió y meneó la cabeza.

—Aquí la prostitución está controlada. ¿Entiendes? Las chicas están organizadas y alguien maneja los hilos. Ellas pagan su contribución y todos contentos. Lo usual. —Claro, lo usual. ¿Y entonces?

—Nada.

Di un paso hacia él y me golpeó con el pie en la rodilla. No me hizo daño, pero me encontró desequilibrado cuando saltó sobre mí. Rodamos por la moqueta blanca como amantes desenfundados, aunque no nos teníamos ningún afecto.

Le golpeé en los riñones, me lo saqué de encima y lo abofeteé varias veces en su nariz destrozada.

—¡Basta! —gimió, y entonces apareció la recepcionista del vestido de noche acompañada por dos camareros con aspecto de fisicoculturistas.

Me puse de pie y arreglé mis ropas.

—Todavía no me has respondido, bebé.

Tony miró a sus gorilas y avanzaron en mi dirección.

Saqué la Browning y les apunté con desgana. Se detuvieron de inmediato.

—¡Fuera! —les espeté—. Es una conversación íntima.

Montesco asintió y los tipos se alejaron.

—Tú también, muñeca. No estás invitada —dije.

La muchacha se alejó tras sus amiguetes.

—¿Y bien?

—No te culpo si no me crees, Duncan —dijo por fin—, pero no sé quién se la cargó ni por qué lo hicieron. Ella era independiente y su iniciativa no gustaba a muchas personas, pero Lu... me caía muy bien. Me gustaba. Era divertida y...

Se detuvo.

—Dilo —le aconsejé.

—Parecía inocente. Sé que suena idiota, pero así era. Era una prostituta pero parecía hacer su vida con... ingenuidad.

—Entiendo —dije, porque comprendía perfectamente a qué se refería.

—Dime un nombre.

—¿Te has vuelto loco? ¿Qué nombre podría darte? Éste es un sitio respetable.

—Tendré que ir a ver directamente a tu jefe.

—Yo soy el dueño —me espetó con desprecio.

—Estoy hablando del que pone la pasta, de Doug Fellow. ¿Le conoces, verdad?

Lanzó una carcajada.

—Eso sí que sería una verdadera estupidez —dijo riendo sin ganas.

—Voy a atrapar al chagal que mató a Lu, chico. Puedes pasar la buena nueva entre tus amistades.

—Lo haré, sólo para divertirme —dijo, desafiante.

—No tengo nada contra ti todavía, Montesco. No me gustaría volver y encontrarme con tu sonrisa falsa...

—¡Yo no lo hice, maldita sea! —se interrumpió súbitamente furioso—. ¡Ella me gustaba! Di media vuelta y salí del *Studio*.

Cuando abrí la puerta sólo pude dar un paso. Un joven alto, vestido con un traje de pana roja y camisa amarilla me dio un empujón. Olí su fina lavanda y vi sus cabellos rubios y largos, muy largos.

Se volvió hacia mí y tuve una panorámica de su rostro delgado, huesudo y aniñado. No tenía piedad en la mirada pálida.

—¿Por qué diablos no mira por dónde camina? —dijo furioso.

Y sin aguardar mi respuesta, entró en el restaurante y cerró la gran puerta con violencia.

Junto a mi Ford había un Jaguar amarillo último modelo. El figurín había descendido de él.

Los dos gorilas me observaron inexpresivamente mientras cruzaba los metros de aparcamiento que me separaban de mi automóvil, lo ponía en marcha y me alejaba lentamente.

Me detuve junto al bordillo y llamé al banco de Lu. Me atendió un tipo muy amable que me dijo que el trámite sería rápido. Lu había dejado instrucciones precisas en caso de que le sucediera algo. Yo recibiría todo cuanto poseía. Había además una carta a mi nombre.

Le dije que iría en cuanto pasara a ver a Lu. Dijo que me esperaba. Debía preguntar por Timothy Watbern.

El siguiente paso era el más duro.

Nunca fui un individuo sentimental, en el sentido de dejarme acometer por la sensiblería. He visto lo mío, en Indochina y en Nueva York, de modo que tengo un estómago en el que puedo confiar. Pero lo que venía ahora era bien distinto de todo cuanto hubiese podido experimentar hasta entonces.

La entrada de la morgue estaba detrás del hospital provincial, junto a una acera soleada y salpicada de parterres. Un patio interior comunicaba el edificio con el ala principal del hospital y poca gente gustaba de cruzarlo para solazarse con la visión de las flores.

—Soy Benjamín Duncan —dije a un sujeto embutido en una bata blanca y que mascaba un chicle—. He venido a ver a Lucille Duncan.

Sonrió de un modo obsceno, se puso de pie, hizo explotar un globo de chicle y comenzó a moverse por un pasillo frío y gris.

Se detuvo ante una puerta.

—Aguarde —dijo, y un segundo globito estalló contra sus labios finos.

Reapareció al cabo de un minuto.

—Puede verla, pero no disponer de sus efectos personales ni del cuerpo hasta que llegue la policía.

—Está bien.

Entramos en una estancia blanca. Había varias mesas con sistemas de irrigación, típicas de las salas de autopsias. El tipo se alejó masticando el chicle y traspuso una puerta acristalada y opaca. Escuché algunos sonidos metálicos y le vi entrar empujando una camilla rodante.

Sobre la camilla, dentro de una bolsa de plástico translúcido, estaba Lu desnuda.

—Aquí la tiene —dijo y estalló un nuevo globito.

Abrió la bolsa y descorrió la cremallera lentamente hasta llegar al vientre. Sonrió y continuó abriendo aquella mortaja hasta la mitad de los muslos. Sus pupilas se dilataron y la lengua y el chicle aparecieron entre los labios.

—Escúpelo y lárgate —le dije.

Me miró burlón.

Le propiné una bofetada que le arrojó rodando sobre el suelo. El chicle saltó de su boca y quedó pegado a la pernera de su pantalón.

—Si vuelvo a verte por aquí te rompo todos los huesos.

Salió a trompicones y me quedé solo con Lu.

Yo sabía que aquello no era mi hermana, pero allí dentro, en aquel cuerpo abierto y cerrado por la autopsia, había anidado nuestra relación, nuestro cariño, nuestro pasado, las travesuras, las penas y esa frágil condición humana que cultivamos como una pócima milagrosa.

El rostro estaba intacto. Le habían sujetado el cabello detrás de la nuca y vendado ligeramente la frente. Tenía los labios grises y entreabiertos. Me maldije por no haberla conocido más, por no haberla atraído a mi lado. Era una maldición extemporánea y absurda, pero la sentí con inusitada violencia.

Y me alegré de que sus párpados estuviesen cerrados porque no

habría podido soportar su mirada clara e ingenua.

Comencé a subir la cremallera para cubrir aquel cuerpo desvalido, ajeno y frío.

La puerta de la sala se abrió de un golpe y entraron un policía uniformado, un individuo de paisano y el enfermo mental que había perdido su chicle.

—¿Quién es usted y qué busca? —me espetó el de paisano.

—Soy Ben Duncan. La muchacha era mi hermana. Ese imbécil lo sabe y seguramente ya se lo ha dicho, ¿por qué me lo pregunta otra vez?

Estiré hacia él mi documentación y la observó con expresión siniestra. Era un individuo joven y de rostro brutal. Vestía de confección y se notaba que deseaba dejar de hacerlo.

—Jack, regístrale —dijo.

—¡Un momento, Jack! —le atajé—. Mi documentación está en orden, ¿qué le ocurre?

¿No tiene sospechosos en su ronda?

—Un gracioso, ¿verdad? —se sonrió sin humor.

—Aún no sé quién es usted —dije.

—Sargento Kincaid.

—El muchacho es un perverso, le di una bofetada. No me gusta la gente que mastica chicle. Tengo mis manías.

—Chico, llévate a la furcia —dijo Kincaid.

—Repítalo y le hago tragar su corbata de dos dólares, Kincaid.

El policía dio un paso hacia mí y se llevó la mano a la porra.

El sargento cerró los puños.

—¡Está bien, Kincaid, me hago cargo! —dijo una voz poderosa.

—Un tipo muy listo, teniente. Déjeme enseñarle un par de cositas sólo por caridad —se chanceó Kincaid.

—Yo hablaré con él, sargento.

Kincaid y el policía salieron de la sala.

—¡Tú, cerdo! —dije al chico—. Cuídate.

Su rostro se puso muy pálido y salió cerrando la puerta.

—Hola, Duncan.

—Hola, teniente.

—Lo siento.

—Gracias.

—De modo que se trataba de tu hermana, ¿verdad? Jamás lo

hubiese supuesto.

—Ya.

—Lo supe esta mañana, cuando llegó su expediente. Una verdadera pena.

—Sí. ¿Qué sabe usted?

—Todavía nada.

—Eso es muy poco.

—¿Qué has venido a buscar aquí?

El teniente pasaba de la cincuentena, era robusto y de rostro curtido, pero parecía un abuelo joven y admonitorio.

—Era mi única familia.

—Y piensas hacerte justicia por tu mano.

—Voy a hallar al culpable.

El teniente Dimbo bajó la cabeza, hizo girar el sombrero entre los dedos y luego me miró sin convicción.

—Nosotros lo haremos, Duncan.

—¿Está seguro, teniente?

Enrojeció tenuemente.

—No te pases de listo conmigo —advirtió.

—Dígame qué es lo que le ata las manos. Está preocupado, ¿verdad? Lo noto en sus palabras. ¿Qué ocurre?

—Vamos, hijo. Salgamos de aquí. Este sitio me produce náuseas. Salimos de la morgue.

El encargado había conseguido un nuevo chicle, Jack fumaba tras el volante del coche policial y el sargento Kincaid trataba de embocar un frasco usado de suero en un cubo de desperdicios.

—Adiós, Kincaid —dijo Dimbo sin mirarle.

El sargento se pasó la lengua por los dientes, sonrió con el mismo encanto que una rata con gonorrea y subió al coche policial. Se largaron haciendo sonar la sirena y chirriar los neumáticos.

—Un *cowboy* urbano —dije.

—Hay de todo en el departamento, Duncan. No te dejes guiar por las apariencias.

—¿Quién lo hizo, Dimbo?

—No lo sé. ¿Con quién has hablado?

—Con el periodista.

—Sí, Tyrell... buena gente.

—Me habló de que había sido un ejemplo.

Dimbo se detuvo.

—No tiene autoridad aquí, Duncan.

—No me importa.

—Puedo hacerte arrestar.

—Pero no lo haré, estoy seguro. Hay algo que le preocupa. Han pasado algunos años y continúa siendo teniente. Creo que le comprendo.

—Déjate de frases. Es verdad, tengo las manos atadas en este caso.

—¿Por qué?

—Alguien tiró los hilos y la orden bajó flotando hasta la calle.

—Muy ingenioso.

—La chica, tu hermana, ejercía en los sitios lujosos.

—Lo sé.

—¿Dónde le escribías las cartas?

Le di las señas y meneó la cabeza.

—Ella vivía en un piso decente y tenía una leonera para llevar a sus clientes. Esas señas corresponden a un hotel. Alguien recibía su correspondencia a cambio de unos pocos dólares.

—Me gustaría echar un vistazo a su piso... a los dos pisos.

—Está bien. Daré la autorización. Si debes actuar quiero que sea en defensa propia.

¿Entiendes?

—Ha cambiado usted, teniente.

—Hay una organización repugnante, hijo. No puedo acabar yo sólo con ella. Tampoco me gusta que lo hagas tú al margen de la ley. No puedo encerrarte ni hacerte vigilar las veinticuatro horas del día y como de todos modos seguirás adelante, prefiero que cuentes conmigo. De ese modo conseguirás algún resultado y no cometerás desmanes mayores de los necesarios.

—Muy realista.

—Sí. ¡Qué remedio!

Parecía exhausto. Ser policía honesto en una ciudad grande y polifacética como Los Ángeles no debía ser una actividad plagada de alegrías.

—Ahora iré al banco, teniente.

—Lucille era muy discreta. Sólo tipos adinerados y ningún escándalo. He interrogado a quienes la conocieron. Todos coinciden

en su apreciación: una muchacha afable, ingenua y llena de vida. Un encanto de chica.

—No puedo entenderlo, teniente.

—Tal vez lo comprendas cuando todo acabe, hijo.

—Gracias.

—No me agradezcas nada, Duncan. Tal vez sea yo quien termine colocándole las esposas.

—Será más agradable que ofrecer mis muñecas a ese petimetre de Kincaid.

—Cuídate y mantenme informado —dijo, y echó a andar con su paso bamboleante, como un viejo luchador haciendo *footing*.

Fui hasta el Ford y me dirigí al banco.

Tenía que mantenerme en acción, de lo contrario toda la estructura amenazaba con venírseme encima. Lu estaba muerta y yo no podía comprenderlo.

El sol se clavó en el cielo como un ojo diabólico. Era más del mediodía y el calor comenzaba a apretar.

CAPÍTULO IV

Timothy Watbern era elegante, abogado, director de banco, flácido, bien rasurado y a pesar de su profesión, me dio la impresión de que podía confiar en él.

Estreché su mano regordeta, acepté su pésame y me dejé guiar hasta un despacho impresionante, todo madera noble, cuero silencioso y reproducciones de caza de la madre Inglaterra.

Sirvió *bourbon* en dos vasos y me tendió uno.

Parecía molesto por una parte de su información y decidí facilitarle el camino.

—Sé que Lucille tenía un oficio antiguo —dije, incapaz de una calificación más precisa.

Suspiró y bebió un sorbo de alcohol.

—Señor Duncan, quiero que eche un vistazo a estos documentos. La cuenta de la señorita Lucille está también a nombre suyo.

Le miré estupefacto.

—Deseaba evitar el complicado e indiscreto trámite de una sucesión, de modo que llegamos a un acuerdo. Usted no recibiría los saldos de la cuenta conjunta a menos que ella me lo indicara o le sucediera algo. Hace una semana me indicó que debía guardar una carta. Es ésta.

Me entregó un expediente. Rechacé su oferta de fumar un puro, bebí mi *bourbon*, acepté una segunda copa, y me senté en el sillón Chesterfield.

Había una relación de depósitos y descubrí en ella una serie de datos que me llenaron los ojos de un ardor húmedo e incontenible.

En todas las fechas en que yo le había enviado dinero, incluso mientras estuvo en Francia, había un depósito por la cantidad enviada y, a su lado, una referencia: *Para Benny*.

Allí estaba todo el dinero que ella me había pedido o que yo le había dado espontáneamente. No faltaba un solo dólar. Estuve a

punto de echarme a llorar.

Watbern me observaba con atención, en un respetuoso silencio. Lu tenía ochenta y cuatro mil dólares exactamente.

Abrí el sobre y me dispuse a pasar el trago de la carta. Reconocí su letra aguzada, nerviosa y pareja.

«Querido Ben, créeme que lo siento. Ahora sabes en qué ocupaba mi tiempo. Estudié danza, hice varias pruebas para el cine y la televisión. Actué incluso en un musical de poco éxito: lo levantaron al tercer día. Tengo talento, pero descubrí que el azar no me tocó la mollera. En fin. Decidí aceptar las decenas de proposiciones que me hacían productores, directores, actores, agentes y amiguetes de productores, directores, actores y agentes. Pero no por un puesto en sus obras, sino por dinero. ¿Por qué no? Dalia se reiría de esta explicación mía. Pero ella es diferente. Te he dejado estupefacto, ¿verdad? Sin embargo, querido hermanito, no me he contaminado. Quiero decir que soy una mujer digna. Paradójico pero cierto centro de mi espíritu. Y es lo único que importa, además de mi inmenso cariño por ti, Benny. Acepté tu dinero porque era más sencillo. No tenía que darte explicaciones y, además, lo ahorraría para ti. Para el momento en que te retiraras a castigar la máquina de escribir. Ahora debes estar muy apenado porque si estás leyendo estas líneas yo estaré muerta. Lamento hacerte daño, Benny, sinceramente. Las cosas se han complicado estúpidamente y tal vez consiga resolverlas. De lo contrario quiero que sepas que nunca ha habido para mi otro cariño más hondo, más sincero y más hermoso que el tuyo. Dalia volvería a reír, pero me alegro de ser tu hermanita pequeña. Recuérdame con amor, Benny y... si me permites un consejo, el último, comparte tu vida. ¡Hazlo!

»Lu«.

Cerré nuevamente el sobre y dejé la carta reclusa en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—¿Es todo, señor Watbern?

—Sí, sólo un detalle. Su firma. Debemos registrar su firma para que pueda extraer los fondos, si lo desea.

—De acuerdo.

Tenía la documentación dispuesta encima de su escritorio. Me la alargó y yo firmé. Me temblaban los dedos, me temblaba el corazón y me temblaban los recuerdos que se agolpaban en mi memoria calenturienta.

Me puse de pie.

—Le agradezco su gestión, señor Watbern. Y el *bourbon*.

—Era una mujer maravillosa, no importa a qué dedicara su vida. Era...

—Está bien, olvídelo. No hay otro remedio.

Nos estrechamos la mano y salí de su despacho.

Cuando llegué a la calle y aspiré el aire caliente de Los Ángeles me sentí unido a Lu, más unido que nunca. Ahora, de algún modo, la tenía más cerca, lejos de la basura, y comprendí que en el fondo del dolor y la ira contenida, experimentaba una intensa sensación de alivio. Alivio porque ya nadie ni nada podía hacer daño a mi hermana Lu. Ahora estaba del lado de afuera.

Estaba por subir al Ford cuando el Jaguar amarillo pasó a gran velocidad por la avenida. El cabello rubio del tipejo del traje granate flotaba al viento y su perfil era pétreo y anguloso.

* * *

Cuando llegué al piso que Lu utilizaba para ejercer su profesión, el teniente Dimbo estaba aguardándome.

—No esperaba verle tan pronto, teniente.

Entramos juntos.

Era un piso amplio, de dos ambientes, cuarto de baño y cocina con una barra americana abierta al salón. El salón era como una cámara de torturas moderna, con atavíos de cuero y clavos, instrumentos para sesiones sadomasoquistas y espejos estratégicamente dispuestos. Recorrí lentamente todo el piso pero no hallé nada personal, como no fueran aquellos adminículos de trabajo.

—Has estado en el *Studio*, ¿verdad?

—¿Recibió recado del chulo? —No hizo falta.

—Entiendo. ¿Qué le dijeron?

—Se mostraron cautelosos. No desean más publicidad de la

debida. Quieren que abandones.

—¿Y usted qué opina, teniente?

—Es tu decisión. De este lado de la acera estás tú, clamando venganza y justicia, en ese orden; del otro lado, en la acera de enfrente, están ellos, una complicada organización con dos caras, la legal y la ilegal.

—¿Dónde está usted, teniente?

—En el centro de la calzada, procurando evitar el fuego cruzado.

—Es inevitable —reconocí—, pero continuaré adelante.

—Según mis informadores, ellos no lo hicieron, Duncan.

—¡Quién diablos... maldita sea! —Me enfurecí—. ¿Quiénes son ellos?

—Nombres de portada en los periódicos —dijo Dimbo sencillamente.

—Dígame uno, un solo nombre, una punta del ovillo por dónde empezar.

—No serviría de nada, hijo.

—Inténtelo.

—Ya has ido al sitio indicado. Tengo soplonos, membrillos de mucha confianza. Recibieron el soplo de que la organización no tiene nada que ver con ese crimen espeluznante. ¿Entiendes?

—¡Cerdos!

—Yo les creo —dijo Dimbo.

—¡Maravilloso! ¿Debo llorar de emoción por la franqueza de una pandilla de camorristas, traficantes, estafadores, tratantes de blancas, asesinos a sueldo y politicastros ambiciosos?

—No, sólo debes buscar en otro sitio.

—¿Cuál?

—Es tu investigación, hijo. Tal vez en el curso de tus pesquisas puedas hacer caer a algún pez de la organización. No lo sé, tampoco sé si te permitirán meter las narices. Puedes agitar demasiado la basura y no es bueno para su negocio.

—Me largo, teniente.

—¿Dónde vas?

—A conocer el piso donde vivía Lu. Y luego iré a echar un vistazo al cuarto del hotel donde la liquidaron.

Estaba hablando de la muerte de Lu como si fuese una víctima desconocida en la última página de una publicación sensacionalista.

Comenzaba a sentir asco.

—Puedes ahorrarte ese viaje. En el hotel no hay nada. Entraron a una habitación que ya había sido pagada, por correo.

—Está bien.

Salí de aquel piso de fantasías morbosas dando un portazo. Tenía la cabeza dolorida por el alcohol y el estómago chirriando de hambre. O no, no era hambre, era necesidad de llenar un espacio. Entré en una cafetería y pedí jamón, huevos revueltos, tostadas, café negro y una cerveza natural.

Media hora más tarde había recuperado una cierta lucidez. Subí al Ford y fui al hotel donde habían torturado y matado a Lu.

Era un motel. Una serie de *bungalows* de mala arquitectura, con el estuco sucio y los postigos de las ventanas descoloridos. Los senderos tenían marcas de lodo endurecido y los parterres secos indicaban la ausencia de cualquier pretensión por conservar el sitio.

Entré en la oficina y me recibió un hombre gordo que fumaba un habano corto. Tenía un periódico deportivo entre las manos y la ceniza del puro ensuciaba su camisa pestilente. Le hacía falta un afeitado, un *régimen* de comidas, un baño con antibióticos y un cepillado de dientes. Pero yo no pertenecía a la seguridad social y mucho menos a una compañía de fumigación.

—¿Dónde asesinaron a la muchacha Duncan? —pregunté directamente.

—¿Por qué?

Le mostré un par de billetes. Los hizo desaparecer entre sus prominentes tetillas peludas, como una prostituta avejentada y procaz.

—El 14. A la izquierda. Es el último, el más apartado.

—Gracias.

—No encontrará nada. Lo han limpiado y la policía estuvo dos días buscando pelusas.

—Está bien.

Salí, subí al coche y conduje lentamente a lo largo de un camino polvoriento hasta un esquelético bosquecillo. Del otro lado estaba el *bungalow* número 14. Un buen sitio para trabajar sin temor a los ruidos. Entré por la puerta abierta.

Una habitación de veinte metros cuadrados con una kitchenete. Un cuarto de baño con ducha y sin bañera y un porche que nadie

debía utilizar jamás. Una cama de dos plazas, dos mesillas de noche, una cómoda y tres sillas junto a una mesa desequilibrada. Había dos lámparas y una luz cenital muy débil. El piso era de baldosas amarillas y las paredes estaban pintadas de color crema, descascaradas y sucias. Al único espejo le hacía falta un azogado y por la ventana no se veía más que desolación y desventura.

—Maldita sea Lu... —dije en voz alta.

Me senté en la cama. Observé la estructura de madera de las patas y en los barrotes del cabezal las marcas de las ligaduras. Lu se había debatido con desesperación bajo las manos del torturador.

Una violencia sorda y creciente me trepó los músculos en una orgía de fuerza e impotencia.

Y en ese momento alguien pateó la puerta y dos gorilas entraron en la habitación.

—¡Quieto! —gritó uno—. ¡Regístralo. Johnson!

El que ordenaba era cincuentón, fuerte y muy alto. Exhibía una 45 en la mano como una cuchara en la pata de un elefante. Me apuntaba directamente al estómago.

El otro, Johnson, era más bajo pero macizo y rectangular como un armario.

Me quitó la Browning.

—¿Cuál es el espectáculo? —pregunté.

—¿Por qué tanta alharaca por una furcia? —preguntó a su vez el de la 45. Johnson lanzó una risilla.

—Date la vuelta y pon las manos contra la pared —ordenó el de la 45.

Obedecí porque puedo reconocer a los profesionales allí donde los veo.

Johnson dio un paso hacia mí y procuré endurecer los músculos.

—Empieza —dijo el de la pistola.

Sentí el golpe en los riñones y no pude controlarlo. Era como un martillo pilón que me llegó hasta el estómago.

El segundo puñetazo, en el mismo sitio, me aplastó contra la pared. No podría resistirlo mucho más. Los riñones constituyen una zona poco resistente al machaque.

—¿Qué... qué es lo que deseáis de mí...? —pregunté con el resto de oxígeno que me quedaba.

—Nada —dijo el de la 45.

Entonces ocurrieron dos cosas.

Yo me volví dispuesto a luchar y sonó el teléfono del *bungalow*.

De no haber sido por el teléfono no lo hubiera conseguido. Pero Johnson se distrajo y le golpeé con furia en la garganta. Dio dos pasos hacia atrás y el otro debió apartarse para cubrirme con su arma. Yo le arrojé una de las lámparas, que le dio en el rostro, y salté sobre él.

Le hundí el pie en el estómago, cogí la muñeca de la mano armada y tiré de ella. Sonó un disparo, pero no me importó. Le doblé la muñeca hacia arriba y hacia afuera y salté hacia atrás dislocándole el hombro.

La 45 cayó al suelo.

Conseguí acertarle con un directo en la mandíbula y un jab seco en el plexo solar. Se inclinó dolorido pero entero. Le machaqué el rostro con los dos puños y a cada golpe recuperaba mis fuerzas. Me enfurecí y descuidé a Johnson.

Saltó sobre mí desde atrás y caímos en la cama. Dobló un brazo alrededor de mi cuello, en una llave que yo conocía muy bien, y comenzó a estrangularme. Tuve un primer atisbo de desesperación, pero recuperé la sangre fría.

Busqué sus dedos meñique y los hallé cuando la visión se nublabá dentro y fuera de mi cerebro.

Le retorcí los dedos hasta que sentí en mis manos el temblor y el espasmo de la fractura.

Luego llegó el alarido de Johnson.

Me zafé de él y, volviéndome, lo arrojé fuera de la cama. Quedó arrodillado y le pateé el rostro con furia. Cayó hacia atrás, desarticulado, y perdió el conocimiento.

Me volví entonces sobre el otro gorila.

Estaba estirado en el suelo, a punto de coger la 45. Salté sobre la cama como quien toma impulso en un trampolín y caí sobre sus piernas, a la altura de las rodillas.

El cuerpo del matón se arqueó hacia atrás y su grito resonó en la habitación como el aullido de un lobo.

Me dejé caer sobre él, le cogí por los cabellos con una mano y por la mandíbula con la otra y le estiré el cuello hacia atrás.

—Voy a desnucarte —le dije.

—¡No!

—¿Quién os envió?

—¡No! —volvió a gritar.

Le solté un momento los cabellos y con la mano abierta le di un golpe fuerte en la oreja.

—¿Quién?

—Sólo debíamos... darte un aviso... —farfulló.

Volví a golpearle.

—¡Es la verdad! —gritó.

—¿Quién os envió, maldita sea?

—Sólo deseábamos intimidarte para que te largaras de Los Ángeles, no íbamos a...

Tiré de su cuello y llegué hasta el límite que resistían sus cervicales.

Aflojé ligeramente y dije:

—Voy a partirte el cuello, cerdo.

Mi voz sonó helada y decidida.

—Montesco, Tony nos envió.

—¿Quién mató a Lucille?

—No lo sé. Nadie lo sabe. No hemos sido nosotros.

—¡Repítelo, cerdo, y despídete de tu roñosa vida!

—¡No miento, no miento! —recitó, implorante.

Le dejé para recuperar mi Browning y recoger la 45. Hallé una Beretta en el bolsillo de la chaqueta de Johnson.

—¿Por qué debo creerte? —dije y metí el cañón de la 45 en la boca del gorila.

Sus ojos se abrieron enormemente y sus pupilas cambiaron de color.

Removí el cañón con la mira dentro de su boca hasta hacerle sangrar el paladar. Se ahogó y murmuró algo ininteligible.

—¿Por qué, cerdo? —insistí, retirando el arma.

—Porque a Tony le gustaba la muchacha —dijo.

Le di un golpe en la frente con la culata de la 45 y quedó inmóvil.

El teléfono continuaba sonando.

Levanté el auricular.

—¿Matt?

—No, soy yo, Montesco.

La línea quedó momentáneamente silenciosa.

—Los chicos están vivos, con algunos huesos rotos, pero vivos, Tony —dije con calma.

—Escúchame, Duncan...

—¿De modo que estabas enamorado de ella?

—Sólo pretendía ayudarte, Duncan —dijo secamente.

—¿Cómo? ¿Rompiéndome los riñones?

—¿Hubieras aceptado una invitación por escrito? ¿Qué clase de sabueso eres? Tenía razón. Estaba perdiendo mi buen criterio. La violencia es el medio de conseguir que un mensaje de despedida llegue a destino con eficacia.

—¿Quién lo hizo, Tony?

—Nadie lo sabe, Duncan. Nadie. No lo hizo la organización y tampoco un forastero.

Lu... Lu no iba con forasteros. Era muy precavida. Yo...

—Corta el rollo, cretino.

—Piensa lo que quieras, Duncan, pero es la verdad.

Si quieres un buen consejo, lárgate. No caes bien en esta ciudad. A nadie. ¿Entiendes lo que quiero decir? Y cortó la comunicación.

Salí del *bungalow*, arrojé las armas de los matones en una alcantarilla, subí a mi automóvil y me detuve un momento ante la caseta del gordo.

—Hay un par de chicos en el 14. Creo que necesitan asistencia médica. Mueve ese culo sucio.

Salí a la carretera y miré por el retrovisor; esta vez no me seguía nadie. Tenía que recuperar la calma o me encontraría metido en un lío innecesario sólo por mi estupidez. Paré ante un *drugstore* y bebí una cerveza helada. Entré luego en una cabina telefónica y llamé al *Post Review*. Hallé a Tom Tyrell por casualidad.

—¿Todavía vivo, Duncan?

—He tenido suerte.

—¿Qué ha descubierto?

Le conté con lujo de detalles todo lo que había ocurrido, sin obviar nada. Cuando hube terminado, pregunté:

—¿Qué opina? ¿Cree que Montesco dice la verdad?

—Es posible —admitió.

—Dígame, Tyrell... ¿conoce a una mujer llamada Dalia?

—¿Dalia?

—Sí, Lu la menciona de pasada en la carta que me dejó.

—¿Dalia...? No, lo siento.

—Bueno, ya la encontraré.

—Duncan, si ellos no lo han hecho entonces está en un verdadero aprieto.

—Lo sé, amigo.

—No permitirán que agite los trapos sucios más de lo debido. Pueden caer justos por pecadores —y lanzó una carcajada ante su propio chiste.

—Estaremos en contacto, Tom.

—Adiós y suerte.

Colgué el auricular, pagué la consumición y me dirigí al hotel Belvedere. Necesitaba una ducha y dormir algunas horas.

CAPÍTULO V

El piso donde vivía Lu, donde había vivido mi hermana, estaba emplazado en la quinta planta de un edificio de hermoso diseño, con grandes ventanales abiertos en dirección a Hollywood. En esa zona, las aceras eran anchas y arboladas, las calles sinuosas y poco transitadas y el aire límpido y vegetal.

Un solo detalle rompió la armonía del paisaje quieto y bello: Kincaid estaba apoyado en la puerta del coche policial, ante la entrada del edificio.

—Hola, gracioso —saludó sin moverse.

—El superpolicía en su cacharro que lanza grititos —me burlé.

No soporto a los policías prepotentes, sobre todo cuando la prepotencia procura ocultar su corrupción, su brutalidad y su falta de inteligencia.

Kincaid reunía todas esas maravillosas condiciones.

—Creo que has estado moviéndote mucho, Duncan —dijo seriamente—, y es posible que tengas problemas. Sé que el teniente Dimbo te tiene simpatía, pero debes creerme si te digo que es el único que está de tu parte.

—¿Será largo el discurso, sargento?

Controló su irritación con esfuerzo.

—Quiero advertirte que estoy sobre tus pasos y sacaré tajada de tu primer movimiento en falso.

—¿Es todo, sargento?

—Por ahora sí.

Subió al coche y el policía de la morgue, Jack, puso el automóvil en movimiento. Esta vez se alejaron muy despacio y silenciosamente. Era un barrio residencial y los vecinos podían quejarse.

Un portero uniformado me dio el pésame y me informó que la policía había levantado la vigilancia. También me dijo que el

teniente Dimbo le había prevenido de mi visita.

Le agradecí, deposité un billete de cincuenta dólares en sus manos y cogí el ascensor.

Abrí la puerta con la llave que me había proporcionado el portero y entré.

Dos cosas me sorprendieron. Primero el olor del cigarrillo y luego la mujer que lo fumaba.

Estaba sentada en una banqueta, en el centro del salón maravillosamente decorado, y miraba hacia la chimenea.

Se volvió en cuanto cerré la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó más sorprendida que sobresaltada.

—¿Quién eres tú? ¿Cómo has entrado?

Se puso de pie.

Era alta, hermosa y rondaba los treinta años. Llevaba una falda negra y liviana, una blusa roja sin mangas, un bolso rojo de lona y zapatos rojos de alto tacón.

Sus piernas eran bellísimas y los brazos, largos y bronceados, culminaban en unas manos delgadas de dedos fuertes y nerviosos.

No llevaba sujetador e íntimamente le agradecí el detalle. Tuve una sensación profunda y vivaz gracias a la sensualidad que emitía aquel cuerpo curvilíneo y el rostro delicioso y entristecido.

Caminó hasta llegar a mi lado, me miró fijamente y lanzó un sollozo.

—Tú eres Ben —dijo, llorando ahora abiertamente, y se echó en mis brazos.

La abracé.

Yo llevaba una camisa deportiva y un tejano. Sentí su piel cálida a través de la ropa y repetí la sensación vivaz, terriblemente aguda, en todo el cuerpo. Pensé brevemente en Maude y su recuerdo se desvaneció a años luz de distancia.

Levantó el rostro y la besé en la mejilla. Acaricié su cabello y continuó sollozando con sus brazos firmemente asidos a mi cintura.

Al cabo de algunos minutos la llevé nuevamente hasta la banqueta y la obligué a sentarse. Me arrodillé delante de ella y cogí sus manos.

Temblaba imperceptiblemente y su piel estaba tibia.

—¿Sabes dónde tenía Lu las bebidas?

Sonrió. Su sonrisa participaba del llanto, pero era una fisura maravillosa en su pena.

Se incorporó, fue hasta un mueble de madera clara y sacó una botella y dos vasos pequeños, como aquéllos en que bebía Gary Cooper al llegar al *saloon*.

—¿*Bourbon*? —preguntó.

—Sí, por favor.

Sirvió dos vasos y me tendió uno.

—Por Lu —dijo—, la mejor amiga.

—Por Lu —dije—, una mujer entera.

—Estaba en el sur de Francia cuando me enteré de su muerte. Me deshice en cuanto pude de mis compromisos y cogí el primer vuelo. Ha sido algo horrible...

—¿Cuánto hace que no veías a Lucille?

—Un mes, poco más o menos.

—Notaste algo raro en ella.

—¿Algo raro?

—Sí, no sé cómo explicártelo... en realidad Lu y yo no nos veíamos con frecuencia. Yo... ignoro cómo diablos se le presentaban sus depresiones o sus desasosiegos. Creo que he sido un imbécil todos estos años.

—¿Por qué? Porque ahora ella está muerta —dijo fríamente.

—Sí —admití—, porque está muerta y es irrecuperable para mí.

—¡Tonterías!

Estaba nerviosa, pero detecté algo más profundo en su repentina agresividad.

Bebió de un sorbo el licor y volvió a llenar el vaso.

—Ella vivió como le dio la gana. Era valiente y auténtica —dijo por fin, con los ojos llenos de chispas.

—Te quería mucho, Dalia.

No se sorprendió al escuchar su nombre, y tampoco yo al adivinarlo.

—Sin embargo —continuó—, no éramos iguales. Ella continuaba siendo una niña y eso atraía a los hombres más que nada en el mundo.

—Por favor...

—¿Qué ocurre? ¿Te hiere la franqueza? Era una prostituta muy cara, pero tenía más dignidad que muchas de esas damas elegantes

que frecuentan los cocktails de beneficencia. En todo caso, los maridos de esas damas estaban encantados con ella. ¿Sabes que le propusieron matrimonio una docena de veces?

—No, no lo sabía.

—Caballeros de mucho dinero; algunos extranjeros de apellidos rimbombantes, si... individuos de rancia prosapia —se burló.

—Déjalo ya, ¿quieres?

Pero no podía dejar de hablar. Se paseaba por el salón, bebía a pequeños sorbos y escupía sus frases unas tras otras como si estuviese librando su propia revolución luchando a la vez en los dos bandos en litigio.

—¡Al diablo con todos esos malditos buitres!, me dijo un día, hace años. Era fantástica. Me confesó que había tomado una decisión muy realista. Dijo: «Dalia, querida, voy a ganar más dinero que nadie y viviré sin correr detrás de esa pesadilla constante que implica buscar un empleo de actriz, bailarina, de marioneta...». Sí —dijo con fuerza—. Lucille era estupenda.

—Ignoraba a qué se dedicaba.

—Pues no se trata de que te enorgullezcas de ella, Benjamín. Sólo que comprendas su punto de vista.

—Procuro entenderlo.

—Yo te ayudaré. Se acostaba con los hombres que elegía, aquellos que le gustaban. Y cobraba por ello. Sumas fabulosas. Y también recibía regalos. «¿Por qué no hacerlo, Dalia?», todavía puedo escuchar sus palabras. ¿Qué hacen todas las mujeres, Ben? Se casan, tienen hijos y soportan el malhumor del marido durante el día y con frecuencia su mal olor por las noches. No reciben nada a cambio, sólo preocupaciones. Las estadísticas lo dicen, no yo. Eso no es lo que ella llamaba amor, Benjamín. ¡No, señor!

Interrumpió su discurso para servirse otro *bourbon*.

Su rostro ardía de pasión y en su mirada las chispas danzaban sin control. Era energía pura, pura sensualidad en actividad.

Me conmovió, y mi propia conmoción resultó sorprendente para mí.

—Lucille —prosiguió—, no era mala ni actuaba por resentimiento. Verdaderamente disfrutaba de sus citas. No era una profesional en el sentido de las demás prostitutas. No. Ella recibía una visita por día todo lo más. A veces, sólo tres a la semana. ¿Y

sabes por qué, Benjamín? Porque no se impedía gozar con sus clientes... o mejor, sus amigos, como ella les llamaba. Les daba lo que deseaban y recibía lo que necesitaba. Un trueque. Sin aspavientos, sin palabras empalagosas ni exigencias contractuales.

—Y ahora está muerta —dije—. ¿Qué clase de felicidad es ésa?

Fui injusto, pero no quería seguir escuchándola. Comenzaba a convencerme y aún no estaba preparado para ello.

Se acercó a mí.

—Mírame —dijo, desafiante—, y dime exactamente en qué estás pensando.

Dio un paso hacia atrás y se desabotonó la blusa. Los pechos brotaron tensos, dorados y duros, con los pezones erguidos y prepotentes.

—Eres hermosa —dije.

—¿Qué más?

Me acerqué, la tomé por la cintura y la besé con fuerza en los labios. Se conmovió como una anguila y se separó ligeramente.

Su expresión había cambiado. Ahora parecía haber perdido su violencia.

—Lo siento, Benjamín. Soy una idiota, pero estoy tan... triste.

La abracé otra vez y volví a besarla en los labios.

—Ella siempre hablaba de ti, Benjamín.

Era la única mujer que me había llamado Benjamín, y me gustaba el modo en que lo hacía.

—¿Qué hacías en el sur de Francia? —pregunté repentinamente.

—Reflexionaba.

—¿Problemas?

Me miró como si se sintiera cogida entre la espada y la pared.

—Sí, problemas. ¿Sabes, Benjamín? Yo hice el mismo trabajo que Lu durante algunos años.

Se apartó y comenzó a abotonar su blusa. Era tan hermosa que me dolía la piel.

—¿Qué hacías en el sur de Francia?

—Buscaba una salida. Fui con unos amigos, pero no conseguí divertirme ni lograr una conclusión lógica. Estaba a punto de ir a Irlanda. Mi familia está allí. Pero entonces leí lo del asesinato de Lu y... ¡Dios, cómo me gustaría tener entre mis manos al bastardo que lo hizo!

—Ésa es mi pelea, muchacha.

—Nuestra pelea. Por favor, tienes que comprenderme. Lu era mi única amiga. La mejor.

—No quiero que te ocurra nada, Dalia.

—¿Qué más puede ocurrirme? —dijo con amargura.

Luego se acercó a mí, me abrazó y levantó el rostro.

—De acuerdo —dije.

—Por favor, bésame. Bésame con fuerza y trátame como a una mujer amada.

La besé, la acaricié y luego la dejé en la butaca. Durante las siguientes dos horas inspeccioné minuciosamente el piso. No pude hallar nada.

Me acerqué a la ventana y miré el barrio.

Vi varias calles silenciosas y acogedoras. Edificios señoriales y automóviles lujosos. Y también vi, a cuatro o cinco manzanas de distancia, en la avenida próxima, el Jaguar amarillo alejándose hacia el centro de la ciudad.

—¡Dalia, ven aquí!

Corrió hasta la ventana.

—¿Qué ocurre?

—¿Conoces aquel coche? El Jaguar deportivo.

—¿El amarillo...? No, no lo conozco. ¿Por qué? ¿Quién lo conduce?

—No lo sé. Pero es la tercera vez que lo veo desde que llegué a Los Ángeles.

—Bien, creo que voy a marcharme.

—Te acompaño.

—No es necesario.

—Insisto, muchacha. Tú eres la única persona con la que deseo estar.

Pareció conmovida por mis palabras. Yo mismo me sentía conmovido por la espontaneidad con la que habían brotado.

Bajamos en el ascensor y devolví las llaves al portero. Miró a Dalia con perplejidad. —Adiós, Sam— dijo ella con una sonrisa.

—Adiós, señorita —saludó el hombre.

Salimos a la calle y subimos al Ford.

—No me vio subir y yo tengo mis propias llaves del piso de Lucille. El pobre hombre estaba muy sorprendido.

—¿Dónde vives?

—¿Y tú?

—En el hotel Belvedere, en Hollywood.

—Sí, conozco el sitio.

—¿Comemos algo? La vida continúa y yo soy un simple hombre de la calle.

—Ven a mi casa. Cocinaré para ti y contestaré tus preguntas.

—No puedo. Hay un par de cosas que deseo averiguar. Comeremos un sandwich y luego...

—Está bien. Esta noche entonces. Prepararé una cena para ti.

Cogió mi mano y la apretó contra su mejilla.

—De acuerdo, princesa. Allí estaré. Ahora dime dónde vives, ¿te parece?

Nos separamos una hora más tarde. Ella cogió un taxi para dirigirse a su casa y yo conduje mi automóvil de alquiler hasta la redacción del *Post*.

Tyrell escribía frenéticamente en su máquina eléctrica cuando entré en el despacho.

—¡Hola, Duncan!

—¿Mucho trabajo?

—Escribo un artículo con todo lo que usted me ha dicho.

—¿Lo publicarán?

—Cuando esté más completo espero que sí. El teniente Dimbo me telefoneó. —¿Ah, sí?

—Sí. Me ha dicho que Kincaid está un poco alborotado, que procure cuidarse.

—¿Algo más?

—Sí.

—¿De qué se trata?

—Duncan, hace más de veinte años que tengo esta profesión y he visto más de lo que me hubiese gustado. Tengo una teoría. Supongamos que la organización no lo hizo como parece indicar la investigación de Dimbo y los soplos de sus membrillos. Usted estuvo en el *Studio* y tampoco sacó nada en limpio. Tony le envió a unos matones para apartarle del territorio y deduzco de sus palabras que él tampoco sabe nada, o por lo menos, no intervino en el crimen. Me pregunto... ¿por qué está el ambiente tan alborotado?

—Lo ignoro —reconocí—, aunque tal vez estén protegiendo

algún crimen mayor. —Sí, es posible. Pero creo que hay algo más. Aparte de que no deseen que usted ande suelto repartiendo puñetazos y alborotando al personal, el propio Dimbo parece tener las manos atadas mientras Kincaid da la impresión de actuar con cierta impunidad.

—¿Qué sugiere usted?

—Que alguien está interesado en que la investigación se archive, Duncan. Ignoro los motivos, pero resulta sorprendente.

—¿Quién puede tener tanta fuerza como para conseguir archivar un caso así? —pregunté.

—Muchas personas, aunque supongo que Montesco conocerá a la más importante.

—Fellow otra vez, ¿verdad?

—Es mi opinión —se excusó Tyrell.

—Nadie puede archivar un caso así, amigo.

—¿Por qué no? Una prostituta es golpeada, torturada y mutilada en un motel de mala muerte. Ésa es la lectura que hará la opinión pública. ¿Qué puede esperarse de una mujer que lleva esa clase de vida? Lo siento, Duncan, pero ése es el tipo de razonamiento que florece en nuestra bienamada sociedad. Por lo tanto, si alguien presiona, de uno u otro modo, para que se ponga el menor interés posible en el caso, ¿quién pondrá el grito en el cielo? Nadie, amigo mío, nadie en absoluto.

—Dígame, Tyrell, he visto varias veces un Jaguar amarillo con un tipo muy desagradable al volante. ¿Sabe quién puede ser?

—No, lo siento. Tal vez debería preguntar al teniente Dimbo, él puede averiguarlo. —Sí, creo que lo haré.

—Cúidese, Duncan. No me gustaría que me encargaran el artículo de su asesinato.

—Descuide.

Salí a la tarde calcinada y decidí caminar. No tenía ganas de conducir con aquel calor infernal. Sentía las ropas pegadas a mi piel y la boca pastosa.

Entré en un bar y pedí una cerveza helada.

Tenía muchas cosas en qué pensar y ninguna idea concreta. La presencia de Dalia flotaba por encima de mi cerebro como una cometa de cola bulliciosa.

Pedí otra cerveza y dejé que pasara el tiempo.

Tomé la decisión de hacer una visita a Montesco esa misma noche. Iría al *Studio* e intentaría sacarle alguna pista. Estaba seguro que Tony sabía más de lo que admitía. No creía que tuviese nada que ver en la muerte de Lu; incluso me había parecido detectar en su voz una extraña tonalidad emocional cuando admitió que Lu le gustaba.

Pagué las cervezas y salí. Ahora el sol se había perdido en el Pacífico distante y las primeras sombras aliviaban el calor.

Fui en busca del Ford.

El aparcamiento del *Post* estaba prácticamente vacío. Era el horario de transición entre dos turnos. Caminé a la sombra profunda del edificio y saqué las llaves del coche.

No sé qué llamó mi atención, pero tuve un impulso y me di la vuelta.

—¡Duncan! —gritó alguien en el mismo instante en que me volvía y me arrojé de bruces al suelo.

Dos disparos ahogados por un silenciador bufaron en la noche y el silbido de los proyectiles precedió al instante en que acribillaron la pared del aparcamiento.

Rodé debajo del Ford y saqué la Browning. Aguardé un par de minutos y escuché un chirriar de neumáticos. Rodé nuevamente fuera de la protección del automóvil y eché a correr hacia la calle. Cuando llegué no descubrí nada anormal. Sólo el tráfico previsible a aquella hora.

Regresé al Ford, puse el motor en marcha y me dirigí hacia la casa de Dalia.

Durante el trayecto procuré adivinar quién podía haber intentado liquidarme. Se me ocurrió que Montesco podría tener algo que ver en el asunto, pero era absurdo. Sólo se complicaría la vida si me mataba. La opinión pública podría abrir los ojos si primero moría violentamente una muchacha y luego liquidaban al hermano.

Entonces... ¿quién diablos había disparado?

De una cosa estaba absolutamente seguro. Habían tirado a matar, no se trataba de ninguna advertencia.

Volví a escuchar la voz. Había sido un grito: ¡Duncan!, pero con un tono chillón, como el de alguien sometido a una gran presión emocional. Había sido el asesino de Lu.

Di varias vueltas antes de aparcar en las proximidades de la casa de Dalia.

Había sido un día duro y estaba hambriento. El hambre y el dolor por la muerte de Lu no parecían ser excluyentes y me alegré, con algo de culpa, por sentir una alegría inédita ante la proximidad del encuentro con Dalia.

—Es tu culpa, Lu —dije—, tú nos has unido.

Toqué el timbre y aguardé.

CAPÍTULO VI

Cenamos en el pequeño jardín posterior de la casa de Dalia. Tenía allí una barbacoa y entre los dos asamos unas chuletas de cerdo y queso *provolone* con pimienta negra. Charlamos mucho. Hablábamos de Lu como si estuviese viva y en realidad lo estaba para nosotros, reconstruida por sus recuerdos y los míos.

Dalia estaba echada en una tumbona, con sus *shorts* diminutos, su blusa holgada y sus alpargatas, mientras yo preparaba el café. Lo bebimos en silencio, ajenos al ajetreo de la ciudad próxima.

—¿No tienes vecinos?

—No muchos. Son extras cinematográficos y se pasan el tiempo fuera.

—Es una casa agradable.

Se arrodilló junto a mi tumbona y me miró fijamente.

A la luz de una lámpara de bombilla amarilla parecía una aparición digna del más selecto de los sueños eróticos.

—¿Qué piensas hacer esta noche?

—Iré a visitar a un amigo.

—¿Quién?

—Tony Montesco.

—Tony, ¿eh?

—¿Le conoces?

—Claro que sí. Estaba enamorado de Lu.

Lo dijo con sencillez.

—Háblame de él.

—Es un tipo vulgar y una marioneta de un ricachón vinculado a la política...

—Lo sé, Douglas Fellow.

—Sí, Fellow. Tony, sin embargo, ha sabido hacerse un lugar. Salió del arroyo y le cuesta dinero, mucho dinero, tratar de disfrazar su origen.

—¿Y Lu?

—Jamás le prestó la menor atención.

—¿Crees que él...?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no es de esa clase. No es un criminal y mucho menos un asesino... psicópata.

—Pudo encargarle el trabajo a alguien.

—No, no es posible.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque le conocí muy bien antes de que llegara a ocupar el sitio que ocupa hoy.

—Lo siento. No quise ser indiscreto.

—No ocurrió nada entre nosotros. Le hice un favor y él me lo devolvió. Pero le conozco, no es un asesino. —Está bien. Olvídalo.

Apoyó la mejilla en mi pecho.

—Quédate conmigo —dijo.

Le acaricié el cabello y prolongué la caricia a su espalda. Llegué a la cintura e introduje mi mano bajo el elástico del *short* para tocar sus nalgas duras y erguidas.

Ella desabotonó mi camisa y me besó la piel.

—Por favor, quédate conmigo esta noche, Benjamín.

Me dejé caer de la tumbona y la besé furiosamente en la boca. Se debatió sabiamente y nos desvestimos como posesos, cogidos por una enfermedad contagiosa y febril.

Rodamos en la hierba buscándonos con la boca y murmurando palabras imposibles.

—Benjamín...

Entré en su cuerpo con delicadeza, como si temiera que el sueño desapareciera, encantado de pertenecerle, de tenerla entre mis brazos y de oír sus jadeos rápidos y calientes.

Fue una noche exquisita y no podíamos separarnos. Yo sentía la cabeza vacía de elucubraciones y una serenidad absurda se apoderó de mí, como si me hallara con ella a bordo de un aerolito, muy lejos del planeta.

Cuando nos separamos, éramos diferentes y nos sentíamos felices.

—¿Tienes una mujer? —preguntó Dalia sin rodeos.

—Sí —dije—, tú.

Nos besamos y la caricia fue mucho más que un placer, fue un compromiso.

Al cabo de un rato miré mi reloj.

—De acuerdo —dijo ella—, lo entiendo.

—Tengo que marcharme, pero regresaré. Lo prometo.

Eran las doce cuando abandoné la casa de Dalia para dirigirme al Belvedere y la una y cuarto cuando entraba en el *Studio* vestido con mi único traje oscuro.

Busqué a Tony Montesco con la vista, pero no pude hallarle. Tampoco vi a los dos gorilas que había conocido durante mi primera visita. Un solo elemento me auguró una velada interesante. En el aparcamiento había descubierto el Jaguar amarillo. Ya era hora de conocer a su propietario con más detenimiento.

Pedí un *bourbon* en una de las barras, la que flanqueaba la pista de baile que alguien había decorado como si se tratara del salón de fiestas de una nave espacial, con rayos láser, luces estroboscópicas, materiales fríos y música futurista, sea lo que sea.

Observé durante unos minutos a los bailarines. Vestían como los lumpen de los cómics ultramodernos, con los cabellos pintados de colores vivos, ropas insólitas y maquillajes cadavéricos. No tengo nada contra ellos pero confieso que no me producen ningún estímulo prolongado, sólo una ajena expectación.

Decidí explorar el sitio y llevé mi *bourbon* a la segunda barra, tras una puerta de vaivén insonorizada. Allí la música respondía a los parámetros de la década del cuarenta y las parejas bailaban con elegancia, ostentando sus *smoking* y los vestidos largos como en las galas de la aristocracia; cuando alguna princesa europea obtiene la anulación de su primer y triste matrimonio para contraer nupcias con un heredero multimillonario y de aspecto frágil.

—Hola, Duncan —dijo Tony, avanzando su nariz tumefacta.

Le había visto llegar intercambiando saludos y sonrisas con los habituales del negocio.

—Hola.

—¿Otra copa? La casa invita.

—Aún no he acabado ésta, Tony. Dime, amigo, ¿molesto tanto al personal como para enviar a alguien a liquidarme?

Detecté una expresión de sorpresa en su rostro atractivo y luego,

brevemente, un gesto de fastidio.

—Duncan, te diré algo que puedes creer o no. Sería un imbécil si deseara que murieras de una forma violenta. Tu eliminación no conviene a nadie en Los Ángeles. Sólo deseamos que te largues a tu territorio de pastoreo. Incluso podrías sacar alguna tajada.

—¿Deseamos? —pregunté.

—Exacto. No es idea mía solamente.

—Estupendo. Dime algo más, hombre sabio, ¿cuánto vale para ti la muerte de Lu?

Sus mandíbulas se apretaron como las dos partes de una morsa de herrero.

—¿Cuánto pides? —dijo fríamente.

—Tú haces la oferta; tú y tus amiguetes del consejo de administración. ¿Hasta cuánto te ha, permitido ofrecer el buen Fellow?

Pensé que iba a golpearme, pero en vez de lanzarme un directo sonrió y bebió un trago de su cocktail.

—Tuve problemas por causa de Lucille —dijo de pronto, inesperadamente—. Ella no me prestaba la menor atención, pero me ponía de mal humor verla actuar. ¿Entiendes? La perseguí con insistencia y luego... interrumpí el acoso.

—¿Por qué?

—Por dos razones. La primera, que estaba convirtiéndome en un imbécil ladrándole a la luna y...

—Continúa.

—... y la segunda razón fue ajena, provino de los socios del *Studio*.

—¿También intervienen en tu vida privada?

—No empujes demasiado, Duncan —advirtió.

—¿Cuánto?

—No te comprendo.

—¿Cuánto me pagará Fellow si me largo?

—He de hablar con él.

—¿Por qué no me presentas al mariscal? Prefiero hablar personalmente del precio de la muerte de mi hermana.

Tony no volvió a sonreír. Tragó su cocktail, dejó la copa vacía encima de la barra y se alejó con paso elástico.

Al cabo de cinco minutos regresó a mi lado. Observó durante un

minuto a las parejas que bailaban en la pista y luego dijo:

—Bien, Fellow te recibirá ahora. Ven conmigo.

Le seguí hasta una puerta de madera noble, con picaporte dorado y una escena bucólica pintada en su superficie. Del otro lado, la puerta estaba tapizada de cuero, el suelo enmoquetado y las luces eran suaves como el parpadeo de una enamorada.

Dejamos atrás tres puertas más a cada lado del corredor y entramos en la última, de doble hoja, que enfrentaba a la que habíamos empleado para huir del bullicio del *Studio*. Los dos gorilas que habían acompañado a la muchacha del vestido negro el día en que conocí a Tony estaban sentados en sillones de diseño francés y de un par de siglos atrás, custodiando el acceso a la guarida del señor feudal.

Tony abrió una de las puertas y entré a un salón estupendamente decorado con librerías, alfombras persas, arañas vienesas, muebles de estilo y cortinajes versallescos.

Douglas Fellow estaba de pie junto a la chimenea innecesariamente encendida, vestido con un *smoking* negro y fumando un cigarrillo turco. Tenía una larga melena blanca brillante y peinada con esmero, facciones de galán de otra década y movimientos lentos y precisos, ligeramente impertinentes.

—Su actitud, señor Duncan, nos está creando problemas —dijo mirándome a los ojos, sin moverse, yendo directamente al grano.

—¿Por qué?

—Ésa es una pregunta estúpida.

—Jamás he dicho que fuese muy inteligente.

—¿Por qué no llegamos a un acuerdo?

—¿Cuánto? —repetí.

—Treinta mil dólares —replicó de inmediato.

—Treinta mil dólares por la muerte de Lucille y otros treinta mil dólares por el intento de asesinato que he sufrido hoy.

Fellow miró a Montesco, pero no halló ninguna respuesta en el rostro aceitinado del muñeco de lujo.

—Fue un error, lo reconozco —dijo Fellow—, pero los hombres de Tony no tenían intención de matarle. Sólo una paliza.

—¿Los hombres de Tony? —Sonreí—. Creía que ustedes eran los que daban las órdenes y Tony el intermediario que ofrecía su rostro.

—Déjese de frases. Nosotros no hemos intentado liquidarle.

—Pues alguien lo ha hecho, amigo. Dos disparos, con silenciador, en el aparcamiento del *Post*, esta misma noche. No era un profesional porque cometió la estupidez de llamarme por mi nombre con su voz histérica.

Detecté un estremecimiento en el rostro bien compuesto de Fellow y un nervio indomitable comenzó a palparle rítmicamente sobre el párpado izquierdo.

Se llevó la mano al párpado y suspiró profundamente. Había perdido su aspecto de prócer y la serenidad era sustituida rápidamente por una ira sorda y contenida.

Y entonces dijo algo que yo no esperaba y que fue un error, sólo que él ignoraba qué clase de individuo era yo; estaba acostumbrado a comprarlo todo, sin excepciones, con el único esfuerzo de agitar su talonario de cheques. Aceptó.

—Está bien, Duncan. Sesenta mil dólares. Y no quiero verle más en Los Ángeles. Tony le entregará el dinero. Se marchará esta noche. Eso es todo.

Estaba abatido y comprendí que deseaba que me marchara cuanto antes.

—Vamos —dijo Tony y abrió la puerta.

Salimos de la estancia, pasamos entre los dos perros de caza y entramos en uno de los cuartos de la derecha. Tony encendió una lámpara y abrió una caja fuerte sin preocuparse por mí. Sacó varios fajos de billetes y contó sesenta mil dólares. Debía tener allí más de medio millón.

—¿No temes que te asalte, muchacho?

—No. Sólo llegarías hasta la puerta. Sé que estás armado, pero en este negocio hay que correr algunos riesgos.

Estaba alegre, como si deseara quitarse mi asunto de encima para ocuparse de lo que realmente le importaba.

Estaba detectando ondas muy poco comunes en aquel antro de lujo y sordidez.

Me metí el dinero en el bolsillo de la chaqueta y salí nuevamente al corredor. Los dos matones estaban alerta, con las armas en las manos, pero se tranquilizaron cuando Tony apareció detrás de mí y les hizo un gesto de asentimiento.

Mientras cruzábamos los distintos sectores del *Studio*, observé algo que me llamó la atención. Dos tipos con aspecto duro, vestidos

con trajes oscuros, habían interrumpido el baile espástico del rubio que conducía el Jaguar amarillo y procuraban persuadirle de que les acompañara sin hacer escándalo.

Me volví hacia Tony. Leí en su rostro una sonrisa extraña e indefinible.

—¿Quién es el payaso? —pregunté.

—Ya estás fuera del negocio, Duncan —dijo secamente, pero con buen humor—. No habrá más respuestas para tu pregunta. Disfruta del dinero.

Llegamos a la salida del restaurante bailable.

—Adiós, Tony —dije, cuando uno de los empleados me abrió la puerta.

—Ha sido un placer comprobar que tú también tienes un precio, Duncan. Tú y Lu.

Lo dijo con sarcasmo, pero también con tristeza.

—¿Cómo va tu nariz? —pregunté fríamente.

Se llevó una mano al rostro y me cerró la puerta en el rostro.

La noche se había descompuesto y lloviznaba tenuemente. El cielo era marrón como el lomo de una rata y los relámpagos danzaban en el horizonte, estúpidamente alegre.

Caminé hasta el Ford, lo puse en marcha y salí del aparcamiento. Me detuve a media milla, oculté el automóvil en el arcén y regresé sigilosamente al *Studio*.

Algo estaba por ocurrir allí, algo que no podía adivinar por completo, pero tal vez se tratara de la última pieza que daría sentido al *puzzle*.

Di un rodeo, evitando el aparcamiento, y atravesé un terreno baldío, a los fondos, donde habían comenzado a arar la tierra para convertir el predio en un jardín.

Mis zapatos se pegaron al lodo que formaba la lluvia con el polvo y las perneras de mis pantalones se adhirieron a las piernas, húmedos de lluvia.

Los fondos del edificio daban a un jardín con piscina y vestuarios donde seguramente se reunían los miembros todopoderosos de la sociedad. Era el sector privado del local. Avancé lentamente, inclinado, con la Browning en la diestra, procurando detectar la menor señal de alarma.

Me detuve junto a los vestuarios y miré hacia la casa por encima

de la piscina.

Había un tipo debajo de un parasol, sentado en una tumbona, prácticamente invisible en la noche oscura. Tuve suerte, sin embargo, porque un relámpago me ofreció una panorámica del matón. Llevaba una metralleta en las manos y parecía gozar con la tormenta.

Dos farolillos indicaban la entrada posterior del *Studio* y a partir de allí procuré deducir cuál era la ventana del despacho de Fellow.

Estaba justamente encima del tipo de la metralleta.

Comencé a moverme en su dirección cuando me detuvo el sonido de unos pasos rápidos y pesados.

Un tipo alto, enfundado en una gabardina, y portando también una metralleta se acercó al guardia sentado.

—Una noche estupenda, ¿verdad, Slim? —preguntó al que estaba sentado.

—Y tranquila —dijo el otro.

—El chico ha vuelto a las andadas. Si fuese hijo mío le enviaría a uno de esos sitios muy caros donde hasta las camisas de fuerza provienen de París.

Slim lanzó una carcajada.

El otro se paró delante de él, ocultándolo a mi vista, y encendió un cigarrillo.

Era mi oportunidad. Avancé con rapidez hacia ellos, bordeando la piscina, y di un golpe en la nuca al que estaba de pie utilizando para ello el adecuado cañón de la Browning. Le aparté de un empujón y hundí el arma en el pecho de Slim.

Le quité la metralleta y lo golpeé con fuerza en la frente. Se inclinó hacia adelante y volví a golpearlo en la cabeza.

Arrastré los cuerpos hasta los vestuarios y les dejé tendidos junto a los armarios de metal. Arrojé las metralletas y las pistolas a la piscina y corrí hacia la ventana del despacho de Fellow.

Tuve que encaramarme en un macetón y cuando lo conseguí la panorámica interior, parcializada por las cortinas, fue inmejorable.

Allí estaba Fellow gritando furiosamente al conductor del Jaguar. El muchachito rubio vestía como un guerrero futurista y llevaba su melena lacia aplastada contra el cráneo. Sus facciones parecían todavía más angulosas y los labios le temblaban incontinentemente. Su mirada se había convertido en un brillo

enloquecido tras los párpados semicerrados, estrechos como heridas.

Las manos huesudas parecían arañas con vida propia en el extremo de los brazos y las restregaba contra los muslos en una actitud ofensiva, como un gato a punto de saltar.

Repentinamente comenzó a gritarle a Fellow, su rostro se puso granate y sus manos agarrotadas se tendieron hacia los lados para luego cogerse las mejillas y herirlas con las uñas aguzadas.

Fellow le apartó las manos y le dio dos bofetadas brutales en el rostro ahora sangrante por sus propios rasguños.

Yo no podía oírles porque aquella estancia estaba insonorizada, pero tal vez por esa misma razón la escena parecía cobrar un ritmo todavía más siniestro.

El rubio interrumpió su ataque de nervios y Fellow le abrió la chaqueta para arrancarle el billetero y registrarle.

Tony y un matón observaban la escena desde un costado.

El matón permanecía inexpresivo, pero observé en Montesco un rictus de enfermizo placer ante aquel episodio.

Repentinamente, el rubio quitó el billetero de las manos de Fellow, le empujó con violencia y corrió hacia la salida de la habitación.

Saltó sobre el matón y le arañó los ojos. El tipo cayó arrodillado con el rostro bañado en sangre mientras el rubio se volvía contra Tony y le hundía su bota con puntera de acero en los testículos.

Yo salté del macetón en el momento en que desaparecía tras la puerta del despacho.

Corrí hacia el aparcamiento procurando no ser visto por los demás guardias que, seguramente, cubrían los otros costados del edificio.

Llegué justo a tiempo de ver al rubio que arrastraba a una muchachita hacia el Jaguar amarillo.

Me detuve a observar la escena.

El rubio llevaba una botella en la mano derecha y sostenía a la chica por los cabellos con la mano izquierda.

En la puerta del *Studio* apareció Fellow y dos camareros mientras los demás procuraban mantener dentro a los clientes atraídos por el jaleo.

—No cometas más tonterías, Bobby —dijo Fellow—. Deja a la

chica y ve a casa.

Hablaremos allí con tranquilidad.

Los dos matones dieron un paso hacia el rubio.

Bobby rompió la botella contra el parachoques del Jaguar y acercó las aristas de cristal aguzado al rostro de la chica.

—¡No! —aulló la muchacha y los matones detuvieron su avance.

Bobby le dio un rodillazo en los riñones y la chica dejó de gritar. Abrió la puerta del Jaguar y se sentó detrás del volante sin soltar a la chica que permanecía de pie, fuera del automóvil, inclinada hacia él en una postura dolorosa.

Puso el coche deportivo en marcha, lanzó una carcajada demencial y empujó a la chica. Salió disparado y al pasar ante la puerta del local arrojó el trozo de botella a Fellow.

Yo corrí por el camino en dirección al Ford, puse el motor en marcha y me lancé detrás del Jaguar.

Fue imposible darle alcance. Había dejado mi automóvil demasiado lejos y había mil desvíos entre el *Studio* y la ciudad. Además, Bobby conducía a más de ciento cincuenta millas por hora.

Me detuve en una gasolinera y llamé por teléfono al teniente Dimbo.

No estaba en su despacho y no regresaría hasta el día siguiente. El sargento de guardia no parecía muy feliz de atenderme. Eran más de las tres de la mañana. No quiso proporcionarme el número particular de Dimbo. Salí de la cabina, pedí un sobre al empleado y metí dentro los sesenta mil dólares. Era un buen paquete. Puse las señas del domicilio de Dalia Devlin y pegué los sellos correspondientes. Luego eché el sobre en el buzón que había junto a la cabina telefónica y regresé a mi coche.

Pero no pude reemprender la marcha porque un coche gris se cruzó delante del Ford y el sargento Kincaid se apeó con una sonrisa digna de los capullos de su especie.

—¿Más tumultos, Duncan? —preguntó.

—Soy un ciudadano que cumple con sus deberes, sargento —dije.

—Veamos. Piernas abiertas, las manos encima del techo del automóvil y no haga ningún movimiento porque le romperé los dientes con un inmenso placer.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Sacó su arma y me apuntó al pecho. Se acercó, me obligó a girar y a apoyar mis manos en el Ford. De sendos puntapiés me abrió las piernas y me registró con eficacia profesional. Se hizo con la Browning y con mi billetero.

Buscó algo más en los bolsillos, murmurando entre dientes, pero no pudo hallar los sesenta mil dólares.

—¿Cuánto hace que Fellow le paga las horas extras, sargento?

Me golpeó con la culata detrás de la oreja y sentí que la noche huía tragada por un agujero negro. Pero no perdí el conocimiento. Un par de bofetadas me mantuvieron en estado de dolorosa vigilia.

—Jack, mételo en el coche. Daremos un paseo —dijo Kincaid.

Jack me cogió por debajo de los brazos y me metió en el asiento posterior del coche gris.

Me esposó a la portezuela y se situó detrás del volante.

Escuché que Kincaid se dirigía al empleado de la gasolinera.

—Amigo, aparque el Ford. Regresaremos por él —y le mostró su credencial.

El tipo parecía muy asustado y asintió con un movimiento de cabeza.

Kincaid se sentó a mi lado.

—Vamos, Jack —dijo.

—¿Quién es el chico? —pregunté.

Me propinó un codazo en los riñones, en el mismo sitio donde me había castigado el matón del motel, y perdí el poco oxígeno que conservaba.

Me cogió por los cabellos y me estiró la cabeza hacia atrás, luego me golpeó en el cuello con el cañón de su Smith & Wesson.

Creí que me había decapitado y no pude respirar. Estaba sujeto por las esposas a la puerta y él sabía lo que se hacía. Seguramente aplicaba un método idéntico en la mayoría de los arrestos.

Jack cogió un camino secundario y los faros iluminaron un suelo fangoso e irregular.

—Has recibido un premio, Duncan, pero eres caprichoso. Debe tratarse de un mal de familia. La zorra también tenía la cabeza dura, de lo contrario no hubiese terminado tan mal. ¿Verdad, Jack?

Jack saludó el comentario con una risilla tan agradable como el escupitajo de una serpiente.

—No cuentes con Dimbo —prosiguió Kincaid—, está demasiado viejo para comprender lo que le conviene. No durará mucho más tiempo en su puesto. Le conviene un traslado a un sitio más tranquilo. —¿Quién es el rubio, Kincaid?

Me golpeó una vez en el hígado y otra en el pómulo. Las dos veces con el cañón de su revólver. Vomité las copas que había bebido y esperé que mi cerebro estallara.

Mi frente golpeó contra el frío cristal de la ventanilla y alivió un poco la tensión que inflamaba mis sienes.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Jack.

—No lo tiene encima.

—Debió dejarlo en el Ford.

—No, revisé el coche y no estaba allí.

—Pregúntale, Kincaid. Quiero mi tajada.

—Está camino de Nueva York —dije, escupiendo sangre y vómito—, lo siento.

Y entonces ocurrió algo que me hizo perder los nervios: Kincaid acarició obscenamente mi cuello con el cañón del revólver y me volví loco. Me retorcí en el asiento y lo pateé brutalmente en el pecho aplastándolo contra la otra portezuela y continué golpeándolo furiosamente con los pies, machacándolo a conciencia.

Recuperé ligeramente el control para patear la cabeza de Jack con todas mis fuerzas. El automóvil perdió el control, saltó por encima del arcén y recorrió algunos metros a los tumbos, chocando contra todo cuanto obstaculizaba su marcha a la deriva. Por fin se detuvo.

Si en vez de ir muy despacio por un camino comarcal hubiese ido a velocidad media por la carretera, a esta hora compartiríamos los tres el mismo tren al infierno.

Me incorporé como pude y abrí la portezuela. Salí del coche y con el pie abrí la portezuela delantera. Jack cayó al suelo enlodado. Me llevó un buen rato acercarlo a mí, sentarlo y sacarle las llaves para abrir las esposas, pero lo conseguí.

Recuperé mi Browning, les aparté del automóvil, les desnudé y arrojé las ropas, las llaves del coche y las armas muy lejos. Estaban inconscientes y continuarían en el mismo estado durante algún tiempo, de modo que no me apresuré en regresar a la gasolinera.

El empleado abrió mucho los ojos, pero se abstuvo de hacer

cualquier comentario.

Subí al Ford y me puse en marcha hacia Los Ángeles. Llegué al hotel Belvedere cuando comenzaba a amanecer. Llamé por teléfono al *Post* y dejé recado para Tyrell. Luego llamé a Dimbo. Le hallé en su despacho.

—Tengo novedades, teniente.

—Sí, lo supongo.

—Dígame, ¿quién es el conductor del Jaguar amarillo? Un joven con aspecto de...

—He hecho algunas averiguaciones, hijo. Su nombre es Robert Fellow.

—¿Fellow?

—Eso es. Es hijo del superhombre. No está bien de la azotea.

Una idea terrible bailoteó en mi cerebro. No conseguí fijarla y procedí a relatarle toda la odisea a Dimbo. Cuando hube acabado, la línea quedó en silencio.

—No sé cómo te las arreglas, hijo, pero has conseguido estar en la mira de todas las armas.

—Por favor, llame a Tyrell y cuénteles todo, teniente. Necesitaremos algo de publicidad.

Y mantenga a distancia a Kincaid.

—Duncan, no tenemos nada y tú lo sabes. Ni una sola prueba. ¿Comprendes? Nada.

—No puedo pensar ahora, teniente. Voy a dormir un par de horas y luego le llamaré.

—Sin pruebas, hijo, tú y yo estamos fundidos.

Y colgó el auricular.

CAPÍTULO VII

Me desperté súbitamente, como si hubiese un fantasma dentro del cuarto. No había nadie en la habitación, el fantasma se hallaba dentro de mi cabeza y martilleaba la misma cancioncilla, algo referente a los sesenta mil dólares.

Aparté la sábana y me senté. Me dolía todo el cuerpo y comprobé que sólo había dormido tres horas, sin embargo me sentía completamente despejado.

—Sesenta mil dólares... —repetí, persiguiendo el hilo de la pesadilla.

Y recordé.

Fellow había aceptado de inmediato la cifra que le propuse, aunque no tenía por qué hacerlo y, además, estaba seguro que no habían sido los esbirros de Tony quienes habían disparado sobre mí. ¿Por qué pagar entonces por algo que no había ordenado? ¿Por qué matarme si no les convenía? Era una locura. Y entonces, atraído por la palabra locura llegó libremente asociado el recuerdo del comentario que hizo el guardia de la piscina: «... si fuese hijo mío le enviaría a uno de esos sitios donde hasta las camisas de fuerza provienen de París...».

Bobby Fellow era el hijo del mandamás y estaba chiflado. Su actitud durante la discusión con su padre y luego el episodio en el aparcamiento con la botella rota y la chica no eran las de una persona normal, ni siquiera las de un individuo temporalmente enajenado.

La red comenzó a tejerse con independencia de mi voluntad y rápidamente tuve una visión general del *puzzle*, prácticamente acabado.

Era Bobby quien me había disparado. Fellow le había increpado duramente por haberlo hecho y el niño terrible se había revelado como el demente que era.

Estaba claro. Bobby Fellow estaba loco y su padre quería protegerle. Una ira sorda me trepó la espina dorsal y estalló con dolor en la base del cuello. Aquel miserable psicópata había asesinado a Lucille luego de golpearla y torturarla.

Salté de la cama y metí la cabeza debajo de la ducha helada. Necesitaba detener el motor o me pasaría de revoluciones. Me vestí con ropas holgadas, delante del espejo, tratando de evitar los hematomas que cubrían mi cuerpo.

Fellow había llamado a Kincaid, o tal vez el sargento estuviese allí mismo, o en las proximidades, para asegurarse de que Kincaid verificara mi marcha. Le debió decir, incluso, que me había pagado sesenta mil dólares y entonces la caja registradora que tenía el sargento del lado de adentro del encéfalo comenzó a jugar con las cifras. Habló con su socio, el buen Jack, y decidieron que podían hacerse cargo de mí. Sería una buena jugada. Me echaban de Los Ángeles, me propinaba la paliza que se había prometido, y se cobraba un porcentaje de los sesenta mil dólares.

Cogí el teléfono y llamé a Tyrell. Dimbo ya había hablado con él y yo le participé mi hipótesis. Estuvo de acuerdo conmigo en el veredicto. Bobby era el asesino.

—Llame al teniente Dimbo, tal vez necesite ayuda.

—¿Qué piensa hacer?

—Buscar al bastardo.

—Escúcheme, Duncan, sólo un minuto. Es cierto que son todos unos malditos hampones de cuello blanco, pero el chico está enfermo. Quiero decir que...

—Tyrell, yo no soy un psiquiatra ni ese animal es mi paciente. Ha matado a Lucille, ha torturado a mi hermana de una manera horrible, ¿me comprende? Me tiene sin cuidado si está enfermo o no, voy a romperle todos sus sucios huesos.

Corté la comunicación y me dispuse a salir. Entonces sonó el teléfono.

Era Dalia.

—¡Benjamín! ¿Estás bien?

—Sí.

—Escucha, salgo ahora para el piso de Lucille. Hay un par de cosas más que deseo recuperar.

—Sé quién ha sido. Dalia.

—¿Qué dices?

—Que conozco al asesino de Lu.

—¿Quién es?

—Voy ahora a buscarlo.

—¿Quién es, Benjamín? —insistió con ansiedad.

—El hijo de Douglas Fellow.

—¿Está en la ciudad?

—Sí —respondí extrañado.

—¡Claro...! El Jaguar... —dijo, como si reflexionara en voz alta

—. Siempre conducía un Jaguar, sólo que cuando yo le conocí no era amarillo.

—¿Qué sabes de él?

—Que está como una cabra. Su padre le envió a algún sitio en el norte, creo que a una de esas granjas para herederos ricos y mal de la cabeza. Pero ha vuelto... ¡Dios mío, pobre Lu!

—Me reuniré contigo en el piso de Lucille, cariño. ¿De acuerdo?

—Salgo ahora mismo para allá. Benjamín, no hagas nada tú solo. Ese tipo es peligroso.

—¿Crees que no lo sé, Dalia?

—¡Dios santo, Lu...! —dijo, sollozando.

—Vamos, cálmate —la animé.

—Está bien. Date prisa, quiero... necesito verte.

Colgué el auricular y salí de la habitación.

Había un coche policial aparcado detrás del Ford y me detuve. Esta vez era capaz de matar a Kincaid si aparecía delante de mi Browning.

Pero no era Kincaid, era el teniente Dimbo. Salió del automóvil con el interfono en la mano. Dijo algo por el micrófono y luego lo dejó nuevamente en el salpicadero.

—Acabo de hablar con Tyrell. Yo había llegado a la misma conclusión, hijo. Bobby no está en la casa de su padre, lo he comprobado.

—¿Y en el *Studio*?

—Hoy el restaurante está cerrado. Es posible —admitió.

—Teniente, debo recoger a Dalia en el piso de Lucille y luego iremos al *Studio*. ¿De acuerdo?

—Iremos en mi coche. Kincaid no apareció esta mañana por la Central. Jack tampoco.

—No me gusta, teniente.

—Ni a mí.

Subimos al coche y nos pusimos en marcha. A medida que avanzábamos por entre el tráfico mañanero, una sensación de horrible malestar me fue invadiendo.

Me llevé poco tiempo averiguar a qué se debía aquella sensación de creciente desasosiego que me oprimía la garganta.

El Jaguar amarillo estaba aparcado a unos pocos metros de la entrada del edificio donde había vivido Lu.

—¡Dios santo! —exclamó el teniente, pero yo había abierto la puerta y corría hacia el portal.

El portero me vio entrar como una aparición y retrocedió espantado.

—¿Cuánto hace que subió el muchacho rubio?

—No ha subido nadie... —farfulló.

Los ascensores no estaban, de modo que subí por la escalera con el corazón a punto de estallar. Cuando llegué a la quinta planta me encontré con Bobby Fellow cara a cara, sólo que la ventaja era toda para él.

Sostenía a Dalia pegada a su cuerpo con el brazo izquierdo en torno a su cintura y una navaja de afeitar en la mano derecha, muy cerca de la garganta.

La expresión de Dalia era helada. No estaba atemorizada, sino shockeada, con un rictus esculpido sobre las mejillas amoratadas por los golpes.

—¡Maldito perro! —rugió Bobby y en su voz percibí aquel tono histérico del asesino del aparcamiento, la vibración incontrolable del tipo que ha perdido los contactos y navega al impulso de la locura.

—No quiero hacerte daño —dije—, ¿por qué no dejas a la chica y hablamos? —dije, pero mis palabras no tenían un ápice de verdad y él percibió mis intenciones con absoluta claridad.

—¡Apártate o la degüello! —dijo, y la navaja hendió ligeramente la piel suave y tibia del cuello de Dalia y un hilo de sangre se descolgó bajo la blusa.

Dalia pareció recobrarse. Me miró fijamente y casi sonrió.

—El lo hizo, Benjamín. Me explicó todo lo que hizo a Lucille, sin ahorrarse ningún detalle... —Su voz se quebró y yo moví la cabeza

procurando indicarle que dejara de hablar, que no era el momento de excitar más a aquel maldito demente.

Pero ella no parecía consciente de la situación, o tal vez era demasiado consciente de lo que estaba sucediendo y por ello necesitaba hablar.

—Lu le rechazó y él... él la llevó al motel...

—Cálmate, Dalia, por favor —supliqué.

Con un movimiento veloz, Bobby cortó un mechón de cabellos de Dalia y me lo arrojó al rostro. Lanzó entonces una carcajada feroz, su rostro delgado, huesudo y anguloso adquirió un tono ceniciento y sus ojos, semicerrados, buscaban algo que no podían hallar.

Me aparté cuando llegó el ascensor y los dos subieron a él.

Corrí escaleras abajo y salí a la calle antes de que el teniente Dimbo cometiera una tontería.

—Vamos al coche —dije—, no hay nada que podamos hacer mientras tenga la navaja contra su cuello.

Salieron a la calle, cruzaron la acera y subieron al Jaguar.

Dos muchachas que hacían *footing* se detuvieron a presenciar la escena.

Bobby arrancó a toda velocidad y nosotros fuimos tras ellos. Al cabo de diez minutos no nos cupo la menor duda del sitio al que se dirigían.

—Van al *Studio* —dijo Dimbo y levantó el micrófono del emisor del coche para comunicarse con la Central—. Aquí el teniente Dimbo, quiero que envíen refuerzos al restaurante *Studio*. ¿Comprendido?

Y colgó el micrófono.

Yo podía ver la cabellera de Dalia por encima del brazo con que Bobby la mantenía sujeta. Imaginé que ella se sentiría perdida y me dije que si le ocurría algo a Dalia, estrangularía a aquel hijo de perra con mis propias manos.

Entró derrapando en el aparcamiento del *Studio* y detuvo el Jaguar ante la puerta principal.

Dimbo frenó el coche policial a unos veinte metros de distancia y bajó con el revólver en la diestra.

La puerta del restaurante se abrió y aparecieron Douglas Fellow en bata de seda, Tony Montesco vestido con un traje blanco

deportivo y los dos matones que yo había golpeado la noche anterior.

—¡Papá, destruyelos! —aulló Bobby, sin soltar a la muchacha.

—Cálmate, hijo —dijo Fellow con serenidad.

Tony me miró y meneó la cabeza con un gesto que entonces no pude descifrar.

—Deje el arma, teniente —ordenó Fellow.

Uno de los matones, empuñando una automática se acercó a nosotros y cogió el revólver de Dimbo.

—El chico mató a Lucille Duncan, Fellow —dijo el teniente.

—No tiene pruebas —dijo Fellow.

—Exacto, no tienes pruebas, teniente —añadió Kincaid, saliendo del restaurante.

Llevaba un traje prestado que le quedaba grande y me miró con infinito desprecio.

—¡Papá, por favor... quiero que los destruyas! ¡Mátalos! —imploró Bobby.

—Ya has cometido suficientes tonterías, Bobby —dijo Fellow—, así que ¡cállate!

El rostro del muchacho se transformó.

—¡Cerdo, tú no eres mi padre, te desprecio! —aulló, e inmediatamente cambió el tono de voz y dijo dulcemente—: No, papá, no le haré ningún daño a Lu, papá. Dile a Tony que se aleje de ella y yo no haré ningún daño a Lu. ¿Lo harás, papá?

Kincaid dio un paso hacia Fellow. Tenía un Smith & Wesson del 38 en la diestra y sonreía divertido.

Bobby apartó la navaja del cuello de Dalia y miró a su padre como un niño pequeño en busca de una caricia.

Dalia saltó a un costado y cuando Bobby se volvió hacia ella le propinó un puntapié en los testículos y corrió hacia mí.

—¡Papá, destrúyelos! —aulló Bobby.

—¡Todos quietos! —ordenó Fellow—. Teniente, no tiene ninguna prueba de que mi hijo sea un asesino. Está enfermo y ningún jurado le condenará. Además, el sargento Kincaid cuenta con mi apoyo personal y testificará en mi favor.

—Esta vez no, Fellow —dijo entonces Tony.

Tenía un Colt calibre 45 en la mano derecha y parecía

infinitamente cansado.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Fellow, atónito—. ¿Qué diablos te ocurre?

—Yo amaba a Lu —dijo sencillamente y disparó dos veces.

El primer disparo atravesó el ojo derecho de Bobby y el segundo le destrozó el cuello. Los impactos le arrojaron hacia atrás, contra el capó del Jaguar y quedó inmóvil, desangrándose sobre la pulida superficie amarilla.

Y entonces todo ocurrió muy rápido. El teniente Dimbo se arrojó sobre el matón que le había arrebatado el revólver, lo golpeó en la nuca y cogió su arma.

Kincaid disparó contra Tony y le metió un proyectil en el estómago. Tony cayó de rodillas y descargó su arma contra el matón que había junto a Fellow.

Yo me arrojé al suelo, saqué la Browning y disparé a Kincaid. Le alcancé en el hombro y su cuerpo giró como una peonza. Fue Dimbo quien detuvo sus giros con dos balazos que le atravesaron el corazón.

Fellow se arrodilló junto al cadáver de su hijo y permaneció inmóvil.

—¿Estás bien? —pregunté a Dalia.

—Creo que sí —dijo y se estrechó contra mi cuerpo.

Un coche apareció de detrás del edificio, derrapó junto al Jaguar y se lanzó hacia el camino pero fue detenido a los pocos metros por los patrulleros policiales que acudían demasiado tarde al llamado de Dimbo. Jack bajó del coche con las manos en alto.

Me acerqué a Tony. Continuaba arrodillado sujetándose el estómago con ambas manos. Le quité el arma y la entregué a un policía.

—¿Por qué lo hiciste, Tony?

Me miró como si yo fuese un extraterrestre.

—Ella era una buena chica, Duncan. Ese maldito psicópata la mató. Fellow me obligó a alejarme de Lu para que su hijo no se enfadara y no sirvió de nada. Voy a acabar con él, Duncan. Es el único culpable. Debió encerrar a ese carnicero hace muchos años. Ahora se acabó.

Una ambulancia se detuvo delante de la escalinata y dos camilleros se llevaron a Tony.

—Ha sido una masacre —dijo el teniente Dimbo—, pero lo hemos conseguido, hijo. —Le diré algo, teniente. No siento nada, absolutamente nada. Lu está muerta y eso es todo lo que me afecta. Ese chico estaba loco.

Iba a decir algo más, pero las palabras se desvanecieron dentro de mi boca contaminadas por una sensación amarga y dolorosa.

—Benjamín, vámonos de aquí —dijo Dalia y me besó dulcemente en los labios.

Cuando salíamos del aparcamiento apareció Tom Tyrell.

—La primicia es para usted —dije y Dimbo le llevó a un costado para relatarle los hechos.

—¿Adónde les llevo, señor? —preguntó el policía que conducía el automóvil.

—Primero, al hotel Belvedere —dije.

Recogí mis cosas, pagué la cuenta y fuimos hasta la casa de Dalia. En el buzón encontré el sobre con los sesenta mil dólares.

—¿Qué harás con ese dinero? —preguntó Dalia.

—¿Tú qué crees? —dije, y lo metí en el bolsillo de la americana.

Durante dos días estuvimos reclusos en la comisaría y en los Tribunales. Eramos testigos fundamentales para el caso.

Dimbo consiguió desbaratar los negocios ilícitos dirigidos por Fellow y encerrarlo junto a varios caballeros importantes de la sociedad californiana. Fue un buen tanto para su legajo de antecedentes.

Tom Tyrell tuvo la primicia y el *Post Review* triplicó sus ventas mientras duró el escándalo. Al cabo de una semana, no obstante, la noticia había sido desplazada a la página veintidós, lo que no era nada nuevo para mí. Y tampoco para Tyrell.

Tony Montesco fue a prisión, obviamente. Le colgaron ocho años.

Dalia y yo nos largamos para siempre de California en una mañana fría y lluviosa. Cuando el avión aterrizó en el aeropuerto de Nueva York el otoño había avanzado lo suficiente como para hacernos tiritar bajo nuestras ropas livianas.

Cogimos un taxi hasta Brooklyn y bajamos delante de la cafetería de Maggie.

—¡Ben, muchacho, lo has conseguido! —gritó antes de abrazarme y besarme en las mejillas y en los labios—. ¿Quién es la

diosa del sur?

—Mi mujer —dije.

Besó a Dalia y sonrió.

—Os diré algo. Voy a cerrar la cafetería. Echaré a todos los clientes mientras vosotros os abrigáis antes de pescar una pulmonía. Luego os invito a cenar en *La Buena Medida*.

¿De acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Dalia.

—Media hora y os paso a buscar —rió Maggie.

Salimos a la noche y caminamos hasta la calle Cranberry. Las gentes pasaban presurosas a nuestro lado, de regreso del trabajo, en busca de una diversión barata, en busca del día siguiente.

—¿Sabes, princesa?

—¿Qué?

—Hay un mundo que se hace pedazos continuamente, un mundo corrupto y demencial al que sólo prestamos atención cuando nos toca con sus manos pegajosas... de lo contrario ellos jamás reparan en él.

—¿Quiénes son ellos, Benjamín? —El hombre de la calle.

FIN



9 788402 025135

01715



EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.



PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.

Impreso en España

